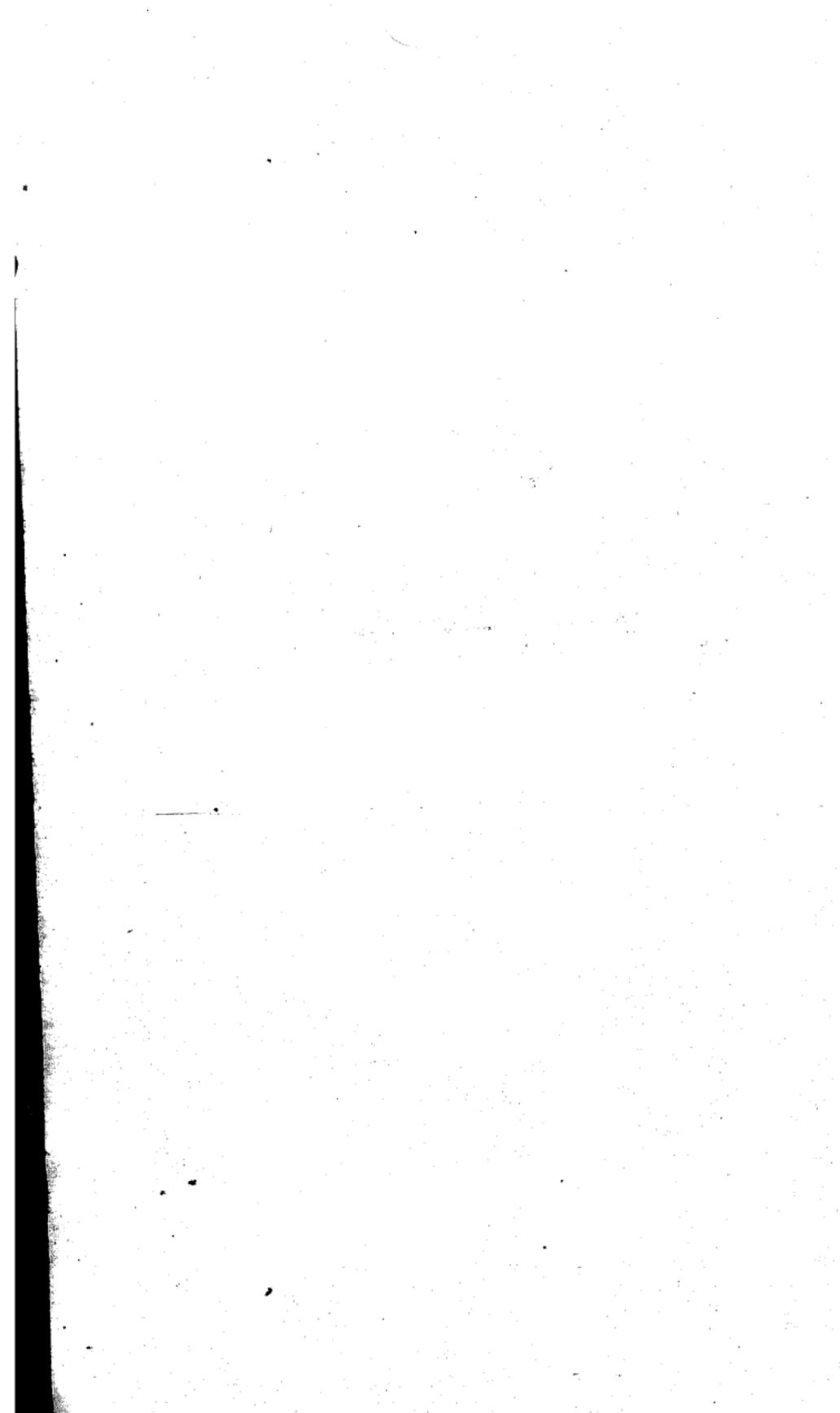




POESIAS  
DE  
SAAVEDRA.



R. 24.971

# POESIAS

DE

DON ANGEL DE SAAVEDRA

*Remirez de Baquedano.*

---

SEGUNDA EDICION.  
CORREGIDA Y AUMENTADA.

---

TOMO PRIMERO.

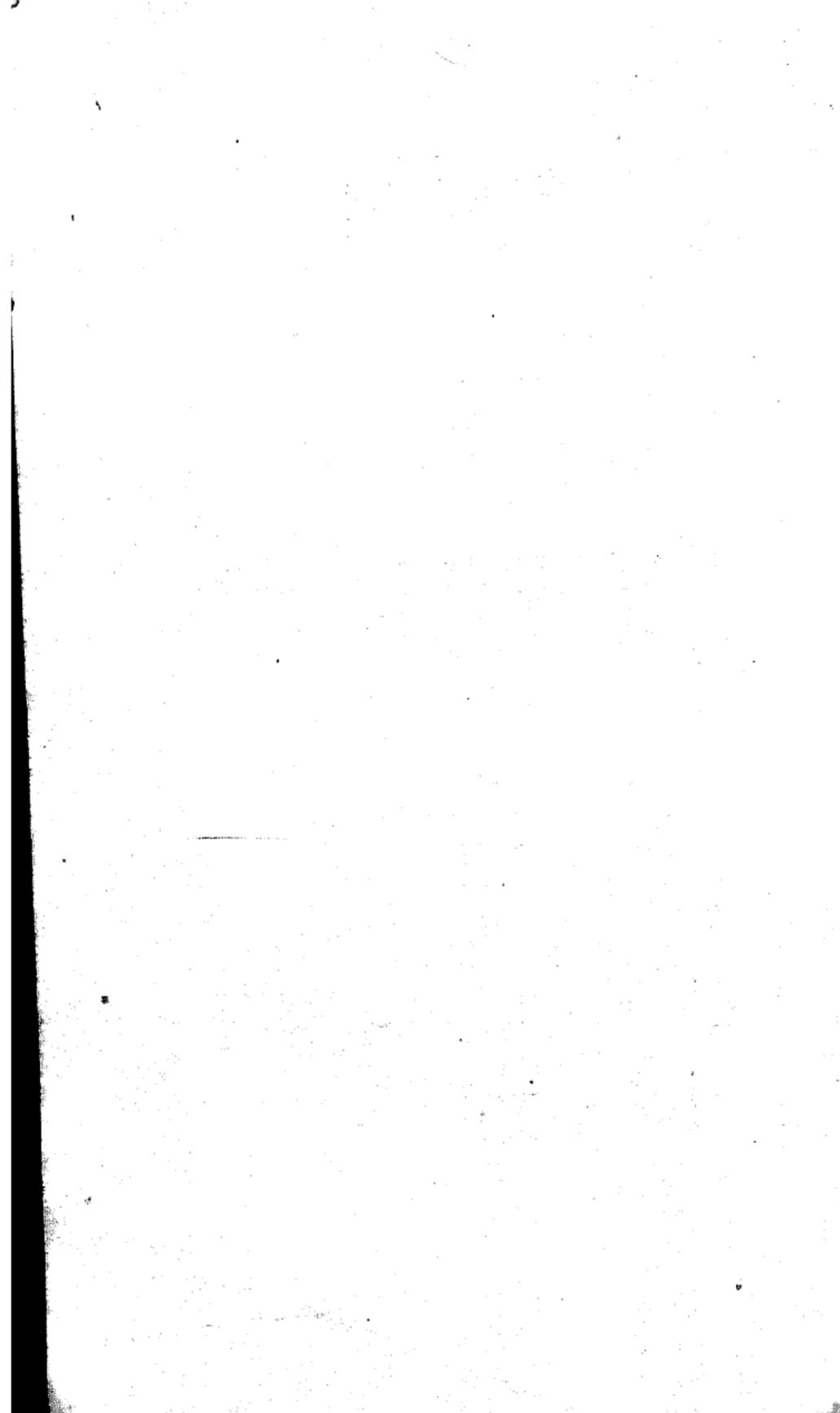
---

MADRID:

*Imprenta de I. SANGHA.*

1820.



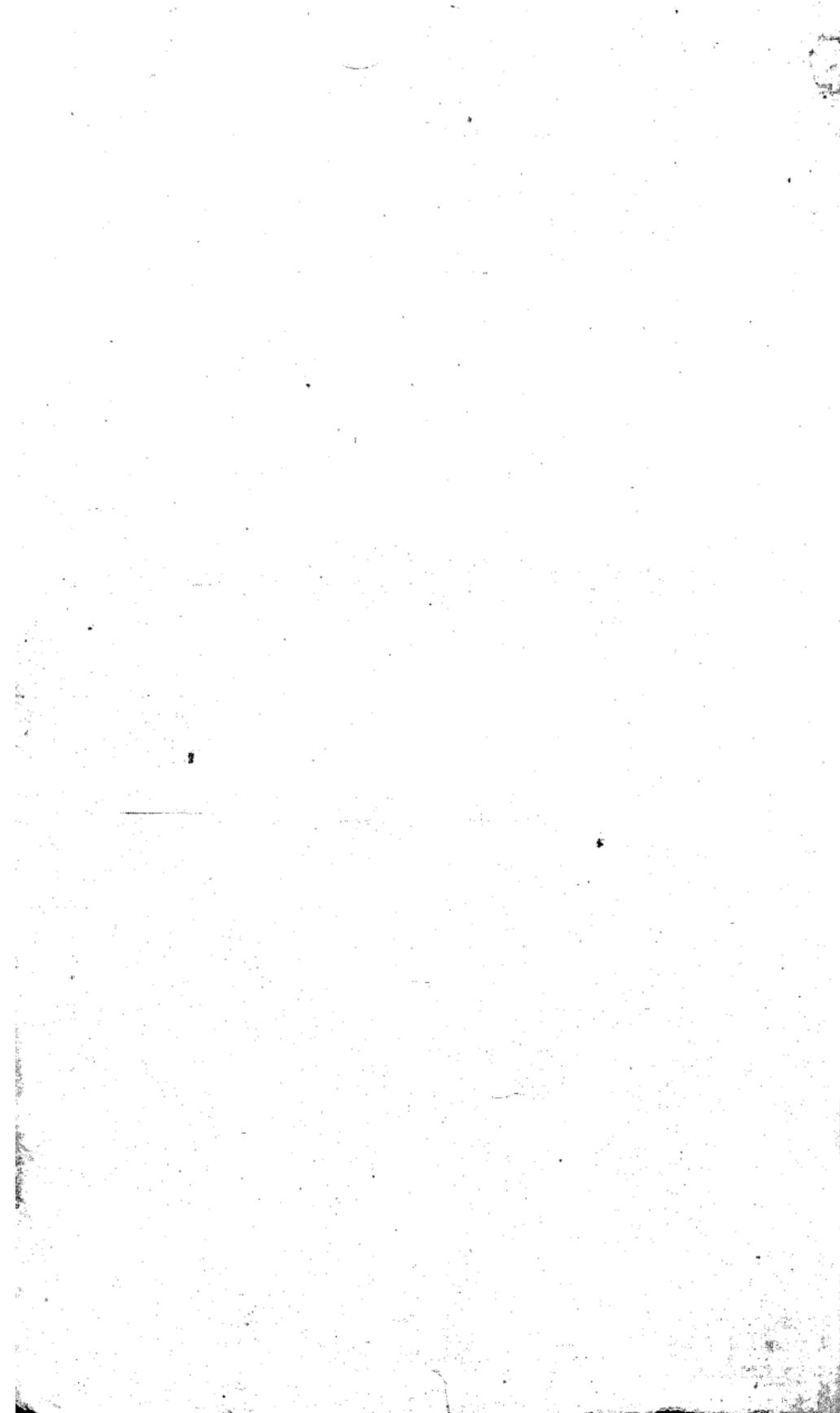


Á LA EXC.<sup>MA</sup> S.<sup>RA</sup> D.<sup>A</sup> MARÍA DOMINGA  
REMIREZ DE BAQUEDANO Y QUIÑONES,  
MARQUESA DE ANDIA Y DE VILLASINDA,  
DUQUESA VIUDA DE RIVAS, &c. &c. &c.

*En testimonio de amor, de respeto  
y gratitud.*

*Su humilde hijo*

Angel de Saavedra Ramirez  
de Baquedano.



## ROMANCES.

I.

*A Olimpia.*

Oye afable, hermosa Olimpia,  
De mi lira los acentos,  
Y á tu ternura recuerden  
Que tu amor vive en mi pecho.  
Éstas son ¡ay! las canciones,  
Los afortunados versos,  
Que el Tajo y el Manzanares  
En sus jardines oyeron:  
Cuando junto á ti, dichoso  
En llama feliz ardiendo,  
Solo anhelando agradarte,  
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen , dulce Olimpia,  
Es porque resuena en ellos  
Tu nombre , y porque lograron  
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos : Oye  
Cual te estan siempre diciendo  
Que tú sola eres mi encanto,  
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo  
De ti me aparta violento,  
Robándome tus caricias,  
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados  
Alumbren tus ojos bellos,  
Ora á la zona abrasada  
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,  
Tu amor , mi delirio ciego,  
Mi constancia , tu ternura,  
Mi dicha , y tus juramentos.

Y aquellos veloces dias  
De encanto y delicias llenos,  
En que las floridas selvas  
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas,  
Como tu labio de fuego  
Me ofreció constancia eterna,  
Triunfadora de los tiempos.

¡Ay! si tanto consiguieran,  
¡Ilusiones de consuelo!  
Que al despertar en tu mente,  
De nuestro amor los recuerdos,  
Se humedecieran tus ojos,  
Y palpitára tu seno,  
Y lanzáras un suspiro,  
De mi fe constante en premio:....

Entonces ¡ah! no trocará  
Estos mis humildes versos  
Por los laureles de Taso,  
Ni por las glorias de Homero,

## II.

Ves, Olimpia encantadora,  
Cuán amorosas las yedras  
Enlazan los recios troncos,  
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado  
No rompe union tan estrecha;  
Antes con vínculos nuevos  
Mas la afirma y encadena.  
En mis inocentes años,  
Cuando mis contentos eran  
Correr tras las mariposas  
Por esta risueña vega,  
Deshojar las rosas lindas,  
Que esmaltaban sus florestas,  
Y hacer casitas y torres  
Con esté barro y arena;  
Ya vi estos troncos vestidos  
De las mismas fieles yedras,  
Aunque tal vez mas lozanas,  
No en union menos estrecha.  
¡Cuántos mayos han pasado  
Desde aquel tiempo! Contempla.  
Cuántos sucesos diversos,  
Cuáles trastornos y guerras.  
Fuentes que vi engalanadas  
De claros raudales llenas,  
Míralas rotas y hundidas,  
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios  
Que honraban estas riberas,  
Yacen en tristes rüinas,  
Que de espanto el pecho llenan;  
¡Y qué de altivos colosos  
Que tocaban las estrellas,  
Fugaces desaparecieron  
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años  
Cuál ha mudado esta tierra!  
Jóven soy, mas yo la he visto,  
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y solo el amor subsiste  
Que enlazó estas alamedas  
Con los venturosos nudos,  
Que tan firmes se conservan?...

Lo que eterno parecía,  
Deshízose con presteza,  
Y solo duran los troncos  
Abrazados de las yedras.

Y si alguno se ha secado,  
No le abandonaron ellas;  
Y si hay alguna marchita,  
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte  
No tememos tu crudeza,  
Que mientras el uno exista,  
Los lazos seguros quedan.  
¡Ay! ejemplo de los nuestros,  
Ó mi Olimpia, siempre sean:  
Y así unidas nuestras almas  
Vivan edades eternas.

## III.

A esconder su lumbre pura  
En ocaso caminaba  
Febo hermoso, entre celages  
Matizados de oro y grana;  
Cuando orillas de la mar,  
Ni quieta, ni alborotada,  
Aunque sus blancas espumas  
Á las peñas azotaban;  
Á un tronco, que en la ribera  
Una borrasca lanzára,  
Tirsi, ausente y afligido,  
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos  
Juegan las olas amargas,  
Salpicando placenteras  
Del corbo lado las tablas;

De este modo, al manso viento,  
Que en las rocas y en las aguas  
Retozaba bullicioso,

Refrescando aquellas playas,  
Cantó el triste pescador,  
Sin que nadie le escuchára,  
Lanzando un tierno suspiro  
De lo profundo del alma.

¡Ay de mí! que vivo ausente  
En esta costa lejana,  
De aquellos divinos ojos,  
Por quien mi pecho se abraza.

Y que tal vez cuando vuelva,  
Después de ausencia tan larga,  
Encontraré desengaños,  
Si el corazón no me engaña:

Pues aunque mi amado dueño  
Me juró eterna constancia,  
Cuando de sus dulces brazos  
Me separó la desgracia;

Y aunque escuché sus gemidos,  
Y vi sus amantes ansias,  
Cuando el cierzo mi barquilla  
De su vista arrebatava;

Es muger, estoy yo lejos,  
Amadores no le faltan,  
Y cuando no ven los ojos,  
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes,  
Y estas dudas que me asaltan,  
Zéfiro blando, á aquel suelo  
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares  
Ves la que me abrasa el alma,  
Aun puesto en mí el pensamiento,  
De mi amor aun no olvidada;

Díle que mire á las rocas,  
En quienes no hacen mudanza  
Ni de la mar los embates,  
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,  
Y que aprecio jamas haga  
De las ondas variables,  
Ejemplo de la inconstancia.

Pues ora risueñas juegan,  
Y las arenas esmaltan  
Con caracoles y conchas,  
Y con espumas de plata;  
Y ora con estruendo horrible,  
Ennegrecidas, hinchadas,  
Castigan la misma arena,  
Que antes humildes besaban.

Díselo así, manso viento,  
Díselo, si es que te encargas  
De tristezas de un ausente...  
Mas ¡ay! no le digas nada,  
Que es muger, estoy yo lejos,  
Amadores no le faltan,  
Y cuando no ven los ojos,  
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

## IV.

Por en medio de una vega,  
Que dos risueños collados  
Defienden del ronco impulso  
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos  
El Genil gracioso y manso;  
Para dar al padre Bétis,  
No tributo sino abrazos.

En su márgen venturosa,  
Dó solo el Zéfiro blando,  
Ó descansa entre las flores,  
Ó mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio  
Su choza, aprisco y rebaño,  
Con pastores que aventajan  
Á los que á Arcádia habitaron.

Hay tambien pastoras lindas,  
Y zagalas de tal garbo,  
Que el sol absorto en sus gracias  
Suspende al verias el paso.

Y cuando gallardas triscan  
Por las selvas y los prados,  
Ora en pos de los corderos,  
Ora ligeras danzando;

Á sus plantas brota el suelo  
Alelíes y amarantos,  
Carmines, gualdas, jacintos,  
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,  
Mucha gracia y pocos años,  
Tormento de corazones,  
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,  
Ó de Amatunte ó de Páfos,  
El hijo de la alma Venus,  
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido  
Sus flechas, aljaba y arco;  
Encontrándose sin armas,  
Corrido y avergonzado,

Vino á Genil, y en los ojos  
De Dorila el Dios tirano  
Ocultóse, y ellos solos  
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,  
Fijéme en ellos incauto,  
Y soy su víctima triste.....  
Pastores, tened cuidado.

## V.

**L**os sombreros y cayados  
De yedra y flores vestidos,  
En los semblantes contento,  
En los pechos regocijo,

Los zagales y zagalas  
De Genil, famoso río,  
Corren con gozoso anhelo  
Á la cabaña de Antimio.

De aquel mayoral dichoso,  
Cuya choza es el asilo  
De la paz y las virtudes,  
Que el vil mundo ha perseguido.

Llevan ledos los pastores  
Ramos de acanto y olivo,  
Y las pastoras guirnaldas  
De rosas, de cásia y mirto.

Pues Silvia, la amable Silvia,  
Mayorala del aprisco,  
Y de Antimio, tierna esposa,  
Celebra su natalicio.

La misma naturaleza  
Al festejo aumenta brillo,  
Espira el Zéfiro aromas,  
Esparce el gilguero trinos.

Las flores nuevos matices  
Ostentan, y el dulce río  
Salta en obsequio de Silvia,  
Entre murtas y tomillos.

Vivid, esposos felices,  
Vivid venturosos siglos,  
Cual merecen las virtudes,  
De que es vuestro pecho nido,

Venid, bellas zagalejas:  
Venid, zagales pulidos:  
Diga un coro: *Viva Silvia*,  
Otro: *Viva con Antimio*.

Coronad con frescas flores  
De su cabaña el recinto,  
Formando graciosos lazos,  
Colgando festones lindos.

Y al sonar de los albogues,  
De la flauta y caramillo,  
Unos empiecen las danzas,  
Otros canten dulces himnos,

Entanto que en la corteza  
De aquel tronco blanco y liso,  
De Antimio y Silvia los nombres,  
Con este punzon escribo.

## VI.

**E**ntre verdes olivares  
Y deliciosos vergeles  
Bétis grave y caudaloso  
Se desliza mansamente,  
Despues de besar la planta  
De los muros cordobeses,  
Decoro de Andalucía,  
Y antiguo alcázar de reyes.  
En su orilla venturosa,  
Al tiempo que el sol luciente  
Da lugar á las tinieblas,  
Y en el mar de Atlante muere,  
Celinda, ausente y llorosa,  
Mira al Cielo, se enternece,  
Mira á las flores, suspira,  
Mira al agua, y perlas viertes

Y al contemplar en el río,  
Sollozando muchas veces,  
Abre sus divinos labios,  
Y de este modo hablar suele.

Id, aguas puras,  
Id á Sevilla,  
Buscad en ella  
Mi amor y vida.  
Mirad que ausente  
No hallo alegría.  
Decid á Silvio  
Que torne á prisa,  
Decid que siempre  
Me veis la misma,  
Firme, constante,  
Tierna, sencilla.  
Decid que torne  
Por su Celinda  
Pronto, si hallarla  
Quisiere viva.  
Id; aguas puras,  
Id á Sevilla:  
Buscad en ella  
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa,  
Repetia muchas veces,  
Dando luz á los peñascos,  
Y á las arboledas verdes.

Y en una ocasion el rio,  
Murmurando, como suele,  
Con las menudas arenas,  
RespondiÓla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,  
DÍme, hermosa, mi corriente;  
Si me paran tus ojuelos,  
Y tus gracias me detienen?

## VII.

— **H**ermosísima zagala,  
Cuyos ojuelos divinos  
Abrasan con dulce fuego  
El alma y corazon mio:

Tus gracias son el encanto  
De mi pecho enardecido,  
Por ti vivo solamente,  
Para ti sola respiro.

Lejos de ti no reposo,  
Que es ¡ay! mi mayor martirio,  
No escuchar tu blando acento,  
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,  
Cuyo refulgente brillo  
Da matices á las flores,  
Verdor al bosque sombrío,  
Vida al delicioso prado,  
Esplendor al cristalino  
Arroyuelo, gozo al mundo,  
Y á las aves regocijo;

Para mí es tiniebla oscura,  
Si esos tus ojuelos lindos  
No me iluminan graciosos,  
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche  
Envuelve al orbe marchito,  
Son para mí claro día,  
Si ante tus plantas me miro.

Y sí, ó zagala, no fuese  
Verdadero mi cariño,  
Maldiga Pan mis ovejas,  
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,  
Maldiga los altos riscos,  
Maldiga los frescos sotos,  
Do pasta el ganado mio.

## VIII.

¿Qué importa, adorada Olimpia,  
Que la suerte nos arranque  
De las riberas de Tajo,  
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,  
En tanto que no se aparten  
Nuestros tiernos corazones,  
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas,  
Que en estas orillas nacen,  
Dando contento á los ojos,  
Dando fragancia á los aires,

No las frescas alamedas  
Que se elevan arrogantes,  
Pobladas sus verdes cimas  
De canóras dulces aves,

No de Tajo delicioso  
Los apacibles raudales,  
No los pintados vergeles  
Que adornan su rica márgen,  
Causan el dulce contento,  
Forman el gozo envidiable,  
Que se anida en nuestras almas  
Sencillas, tiernas y amantes.

Do quiera, adorada Olimpia,  
Que el destino nos arrastre,  
Allí seremos dichosos,  
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre  
De tus ojos divinales,  
Goce ver tu hermoso seno  
Siempre por mí palpitante,

Oiga á tus ardientes labios  
Decirme amores süaves,  
Suspira zelosas quejas,  
Constancia eterna jurarme;

Y mas que el hado enemigo  
Furioso nos arrebate  
Á las arenas de Libia,  
Ó á las nieves de los Andes.

## IX.

Oculto entre la espesura  
De recios troncos sombríos,  
Que, aunque de musgo se adornan,  
De su vejez dan indicios;  
    Besando negras pizarras  
Con manso y blando rüido;  
Corre Bembézar humilde,  
Sin presunciones de rio.  
    En su márgen escondida,  
Mientras retozan lascivos  
Sobre la yerba y las flores  
Los cándidos corderillos;  
    De pechos en el cayado,  
Con semblante pensativo,  
Contempla aquellos lugares  
El infelice Lorindo.  
    Un año de aquella orilla  
Le tuvo ausente el destino,  
Y hora vuelve donde encuentra,  
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio  
En que yace sumergido,  
Prorumpo de esta manera  
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo  
Tan venturoso me he visto,  
Bosques espesos y ocultos  
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas  
Visteis los amores míos:  
Aquí mis encantos fueron;  
Y hora es solo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran  
Aquellos ojos divinos,  
Que dan color á estas flores,  
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio  
Vengo á morir ¡hado impío!  
En estos mismos lugares  
Donde gocé sus hechizos.

Aun en las blancas cortezas  
De estos álamos altivos  
El de Virta con mi nombre  
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado  
Las lluvias de enero frio,  
Ya que en el pecho mudable  
Borró ausencia mi cariño?...

Mas ¡ay! que los respetaron,  
Para que con mudo grito  
Á Virta llamen ingrata,  
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro  
Vuestro seno cristalino,  
Dulce raudal apacible,  
De mi amor trasunto vivo:

Aqui teneis nombradía,  
Y entre juncias y carrizos  
Tributo os dan mil arroyos,  
Gozais el nombre de rio;

Pero en dando cortos pasos  
Con el Bétis confandido,  
Bembézar ya nadie os nombra,  
Porque asi el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores,  
Aqui inocente y tranquilo  
Los gozaba, imaginando  
No verlos jamas marchitos:

De este suelo la desgracia  
Me apartó, y al punto mismo  
Pasaron cual vos, se hundieron  
En torpe y oscuro olvido.

## X.

¿Por qué pretendes, ingrata,  
Que se esparzan por el viento  
De mi labio las canciones,  
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive  
condenado á llanto eterno?

Canten los que son dichosos,  
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los días,  
Son los felices momentos,  
En que embebida escuchabas  
Mis amores y mis versos?...

¿Son las horas fortunadas,  
En que en dulce llama ardiendo,  
Por mí lloraron tus ojos,  
Por mí palpité tu seno?

¿Son los instantes de gloria,  
En que todo el universo,  
Envidiando mis fortunas,  
Las contemplaba con ceño?...

¿Son por dicha?... ¡ó Dios!... Perdona:  
No sé si son, ó si fueron,  
Tu corazon te lo diga,  
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son... ¡horrible idea!  
Antes, retumbando el trueno,  
Lance sobre mí cuitado  
La llama voraz del Cielo.

Si no son, mira y contempla  
El mar de horrores inmenso,  
En que sumerges mi vida,  
De mis amores en premio.

Mira dó estan tus promesas,  
Dó tus amantes extremos,  
Dó tus lágrimas falaces,  
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,  
Si se cifra tu contento  
En atormentar las almas,  
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira  
Las canciones, que otro tiempo  
Canté, de ilusiones dulces  
De eterna ventura lleno;

Recuerda con risa amarga  
Mi amor y delirio ciegos,  
Y cuán feroz has jugado  
Con mis firmes sentimientos.

¡Mas ay!... Perdona: Perdona...  
No, mi bien... Perdon te ruego.  
Mi labio ¡qué horror! te ultraja...  
Muera yo, si puedo hacerlo.

## XI.

Con once heridas mortales,  
Hecha pedazos la espada,  
El caballo sin aliento,  
Y perdida la batalla,  
Manchado de sangre y polvo,  
En noche oscura y nublada,  
En Antígola vencido,  
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte  
El laso potro aguijaba  
Sobre cadáveres yertos,  
Y armaduras destrozadas,  
Y por una oculta senda  
Que el Cielo me deparára,  
Entre sustos y congojas,  
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,  
De mi desastre apiadada,  
Me ofreció su hogar, su lecho  
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,  
Y con manos delicadas  
Me limpió el polvo y la sangre,  
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas  
Y mayores me las daba,  
Curábame las del cuerpo,  
Me las causaba en el alma.

Yo, no pudiendo sufrir  
El fuego en que me abrasaba,  
Díjela: Hermosa Filena,  
Basta de curarme, basta.

Mas crueles son tus ojos,  
 Que las polonesas lanzas,  
 Ellas hirieron mi cuerpo,  
 Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento  
 En las sangrientas batallas,  
 Y contra el rapaz Cupido  
 El aliento hora me falta.

Deja esa cura, Filena:  
 Déjala, que mas me agravas,  
 Deja la cura del cuerpo,  
 Atiende á curarme el alma.

## XII.

**E**n una yegua tordilla,  
 Que atrás deja el pensamiento,  
 Entra en Córdoba gallardo  
 Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas  
 Llevó glorioso á Toledo,  
 Y torna con mil cautivos,  
 Y cargado de trofeos.



Las azoteas y calles  
Hierven de curioso pueblo,  
Que en él fijando los ojos,  
Viva, viva, está diciendo:

Las moras en los terrados  
Tremolan cándidos lienzos,  
Y agua de azahar dan al aire,  
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,  
Siendo envidia de los viejos,  
De las mugeres encanto,  
De los jóvenes ejemplo;

Á las rejas de Daraja,  
Daraja la de ojos negros,  
Que cuando miran, abrasan,  
Y abrasan con solo verlos,

Humilde llega y rendido,  
El que triunfante y soberbio  
Fue espanto de los cristianos,  
Fue gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las vé cerradas,  
Bien distintas de otro tiempo,  
En que damascos y alfombras  
Las ornaron en su obsequio.

Y al mirar tales señales,  
Turbado reconociendo  
Que mientras ganó batallas,  
Perdió el amor de su dueño;  
Con gran ternura llorando  
Quien mostró tan duro pecho,  
Vuelve el rostro á sus cautivos,  
De esta manera diciendo:  
Id con Dios, que ya sois libres,  
Desde aqui podeis volveros,  
Y llevad vuestros despojos,  
Y esos pendones y yelmos:  
Que no es razon que conserve  
De sus victorias los restos,  
Quien al tiempo de ganarlas  
Perdió de Daraja el pecho.

## ROMANCES CORTOS.

I.

**L**uz de esta ribera,  
Graciosa zagala,  
Mas linda que el dia,  
Mas bella que el alba:  
Tu rostro divino,  
Tu risa, tu gala,  
Mil pechos cautivan,  
Mil cuellos enlazan,  
Si asoma en Oriente,  
Las sienes orladas  
De cándidas rosas,  
La fresca mañana;  
Copia de tu rostro  
Las tintas de grana

Con que el Cielo pinta,  
Con que el prado esmalta,  
Si el carro de Febo  
Las cimas nevadas  
Dora con su lumbre,  
Con sus rayos baña;  
De tu faz hermosa  
Las luces no iguala.  
Si Flóra risueña  
La veste gallarda  
Desprende olorosa,  
Descoge lozana;  
Imita tu talle,  
Remeda tu gracia.  
Favonio amoroso,  
Que bate las álas,  
Robando á las flores  
Y dando á las auras  
Aromas sabéos,  
Tu risa retrata.  
Mas ¡ah! tus ojuelos,  
Tormento del alma,  
¿Quién puede copiarlos,  
Quién puede, zagala?

## II.

**H**ermosa zagala,  
De Vénus envidia,  
Que abrasas las almas,  
Los pechos cautivas,  
Y allá en Manzanares,  
Graciosa y esquivá,  
Encantas y alumbras  
Sus frescas orillas:  
Escucha mi acento,  
Permite á mi lira  
Que cante tus gracias,  
Que el alma me hechizán.  
Ya Febo esplendente  
Anuncia tu día,  
Y al orbe marchito  
Su lumbre ilumina.  
Y Flora gallarda,  
Del mundo alegría,  
Risueña en tu obsequio  
Los prados matiza.

Y el Zéfiro blando  
Las flores agita,  
Y aromas esparce  
Y amores respira.  
¡Oh! Goza felice,  
Bellísima ninfa,  
Beldad y placeres,  
Amor y alegrías.  
Y mil y mil veces  
Al mundo tu día  
Renueven los Cielos,  
Con mil y mil dichas.  
Entanto que insana  
La suerte enemiga  
Sañuda conmigo  
Su furia egercita.  
Conmigo infelice,  
Que ausencia prolija  
De ti me separa,  
Mi bien, mi delicia.  
De ti por quien arde  
Con llamas activas  
Mi pecho, que adora  
Tú imagen divina.

## III.

Dulces ilusiones  
De amor y consuelo,  
Que hicisteis las dichas  
De mi incauto pecho:  
¿Dónde habeis huido  
Con curso ligero,  
Como niebla leve  
Que arrebató el Cierzo?  
¿Por qué bienes tantos,  
Que juzgaba eternos,  
Fueron mas fugaces  
Que engañoso sueño?  
Mal haya quien cifra  
Su dicha y su anhelo  
En falsas promesas  
De volubles pechos:  
En blandas caricias,  
Que aleves mintiendo,  
Traidoras ocultan  
Horrible veneno.

¿Dónde están, ingrata,  
Dónde tus extremos?  
¿Dónde tus ofertas?  
¿Dó tus juramentos?  
¡Ay de mí infelice,  
Que en amor ardiendo,  
Bebí de tus lábios  
Engaños sin cuento!  
¡Ay! tú me robaste,  
Mi bien, mi sosiego,  
El alma y la vida  
Con halago tierno:  
Tu me los robastes  
Y ufana riendo,  
Te gozas ahora  
Con mi llanto acerbo.  
Ó muger terrible,  
Mas que el tigre fiero,  
¿Por qué me inspiraste  
Tan horrible incendio,  
Si era nieve helada  
Tu alevoso seno?  
¿Por qué me ofrecias  
Aquel mar inmenso

De goées sin tasa,  
De amores eternos?....  
¡Cruel!... ¿Te complaces,  
Tu gozo está puesto  
En hacer diéhosos  
Tan solo un momento,  
Porque sean mayores  
Sus desdichas luego?....  
Juegas con las almas,  
Desgarras los pechos,  
Ofreces delicias,  
Das solo tormentos;  
Inspiras amores  
Y estás libre de ellos,  
Y haces infelices...  
¡Bárbaro recreo!  
Sigue, ingrata y dura,  
Tanto mal haciendo,  
Mientras yo mezoquino,  
Y abrasado y ciego,  
Perdido te adoro,  
Y en llanto deshecho,  
Muriendo á tus plantas  
Tus triunfos completo.

## IV.

Apacible río,  
Venturoso Tajo,  
Que por la ancha vega  
Te deslizas manso,  
Deten tu corriente,  
Retarda tu paso,  
Y de estos jardines  
Goza los alhagos.  
Mira que en Toledo  
Te están aguardando,  
Armados de furia  
Desnudos peñascos,  
Que romper desean  
Tus cristales claros.  
¿Á qué te apresuras  
Por ir á encontrarlos?...  
Detente, detente,  
¿No ves cuán lozanos  
Los olmos pomposos,  
Los tilos y lauros

Sus hojas te ofrecen,  
Te tienden sus ramos,  
De sombra te cubren,  
Te brindan descanso?  
Si tantas caricias  
No bastan acaso  
A parar tus aguas,  
Venturoso Tajo,  
Saca el pecho fuera,  
Y el cabello cano  
De musgo y corales,  
Y flores ornado:  
Verás la belleza  
Del bien que idolatró.  
Verás á mi Olimpia  
Gallarda triscando  
Por estos vergeles,  
Florestas y prados.  
Y al ver de sus ojos  
Los ardientes rayos,  
Que vencen la lumbre  
Del rey de los astros,  
Su boca risueña,  
Su pecho nevado,

CORTÓS.

Su cándido cuello,  
Su talle gallardo;  
Detendrás gozoso  
Tus raudales mansos,  
Y el rico tributo  
Que das á oceano:  
Por verla , admirarla,  
Gozar sus encantos,  
Rendirle tus dones,  
Llamarte su esclavo.

V.

**H**ermana Juanilla,  
Si acaso te encuentro  
Sentada á la reja,  
Oyendo requiebros;  
Se lo digo á madre:  
Verás con qué ceño  
Te llama bribona,  
Mocosa , arrapiezo.  
Vedará que vayas  
Con blondas y fluecos

ROMANCES

À misa el domingo,  
La tarde al paseo.  
Que tengas cuidado,  
Juanilla, te advierto:  
Pues yo he de contarlo  
Sin faltar un pelo.  
Que no me parece  
Justo ni bien hecho,  
Cuando apenas solo  
Me llevas dos dedos,  
Que me dejes sola  
Mientras me divierto  
Con mis muñequitas,  
Bagillas y pesos;  
Por estarte hablando  
Con esos mozuelos.  
Aún no hace dos meses,  
Ni tampoco medio,  
Que conmigo hacías  
Divertidos juegos:  
El de las visitas,  
El de los batéos,  
El de las comadres,  
Con otros diversos.

Mal haya aquel día,  
Que por pasatiempo  
La ropa de madre  
Probamos al cuerpo;  
Porque ya te viene,  
Su saya, te has puesto  
Tan tonta y fachenda,  
Que dá rábia el verlo,

## LETRILLAS.

### I.

*Lesbia, ingrata Lesbia,  
Yo soy quien te quiere.*

Entre estos peñascos  
Y arboledas verdes  
Admiro tus gracias,  
Lloro tus desdenes:  
Al son de mi llanto  
Repitiendo siempre,  
*Lesbia, ingrata Lesbia,  
Yo soy quien te quiere.*

Mis' tristes acentos  
El aire ensordecen,

Llenan estas selvas,  
Prados y vergeles;  
Y el eco repite  
De su oculto albergue:  
*Lesbia, ingrata Lesbia,*  
*To soy quien te quiere.*

Corre este arroyuelo,  
Que á mi llanto crece,  
Y regando el prado  
Bulliciosamente,  
Dice entre las guijas  
Con quien hablar suele:  
*Lesbia, ingrata Lesbia,*  
*To soy quien te quiere.*

Los troncos, las aves,  
Las flores, las fuentes,  
Los ecos, las peñas,  
Los zéfiros leves,  
Todos me remedan,  
Repitiendo siempre:  
*Lesbia, ingrata Lesbia,*  
*To soy quien te quiere.*

## II.

*Mal haya quien sabe  
Mirando matar.*

Piedad, madre mia,  
Yo siento en el seno  
Tan fiero veneno,  
Tan crudo pesar,  
Despues de aquel dia  
Que Silvio turbado  
Me vió en el mercado,  
Que voy á espirar.

*Mal haya quien sabe  
Mirando matar.*

¡Ay Dios! al mirarme  
Sentí luego, luego,  
Vivísimo fuego  
Mi pecho abrasar.  
¿Quién puede explicarme  
La fuerza, el encanto

Que causa mal tanto  
Con solo mirar?

*Mal haya quien sabe*

*Mirando matar.*

¡Ó Silvio malvado!.,

¡Ay, yo simplecilla,

Que incauta y sencilla

Salí á pasear,

Y el pecho abrasado

Torné de la aldea!.,

¡Traidor!... ¿Te recrea

Tal daño causar?

*Mal haya quien sabe*

*Mirando matar.*

### III.

¿Te vas y me dejas,

Traidor, fementido?

¿No hiere tu oído

Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,  
Detente, inhumano...  
Mas ¡ay! que es en vano  
Tu fuga impedir.

El alma, la vida  
Me llevas contigo,  
Cruel enemigo,  
Perverso amador.

En penas sumida  
Me dejas y ries,  
Y ufano te engries  
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso:  
¿Es mármol tu pecho?  
¿De bronce está hecho  
Tu seno cruel?

¡Traidor! ¡alevosos!  
Delicias brindabas,  
Y horrendo ocultabas  
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,  
Desprecia mi acento,  
Que vaga en el viento  
Sin nada valer.

Tu pérfido trato  
De gozo te llene,  
Mi mal te enagene  
Con fiero placer.

No importa, algun día  
Será mi venganza,  
Que á todos alcanza  
La flecha de amor.

Rendido á una impía  
Veráste muriendo:  
Y entonces riendo  
Veré tu dolor.

## CANTILENAS.

\*\*\*\*

I.

**F**ebo se retiraba,  
Casi espiraba el día,  
Y la noche llegaba,  
Su fresca lozanía  
Marchitaba la rosa,  
Mustio quedaba el prado,  
Y el ave sonora  
Dormida y silenciosa  
En el olmo acopado;  
Cuando mi ninfa hermosa  
Salió á la fresca vega.  
Y de sus ojos bellos  
Á la luz radiante,  
Y al esplendor brillante

De sus lindos cabellos,  
De nuevo se despliega  
La rosa entristecida  
Cobrando olor y vida:  
Torna el florido prado,  
Que ya estaba enlutado,  
Á matizar sus flores,  
Y á esparcir mil olores:  
Y las dormidas aves  
Dulces trinos süaves,  
Cantando dulcemente:  
Y vuelve de repente  
Á comenzarse el dia:  
Que al ver á mi pastora  
Juzgaron que venia  
Nuevamente la Aurora.

## II.

Mil veces venturoso  
Y mil, amada Olimpia,  
Quien goza tus encantos,  
Y para tí respira.

Suspirar á tu lado,  
Mirar tu faz divina,  
Ver palpitar tu seno  
Que es de Dióne envidia,  
Sentir el dulce rayo  
Con que tus ojos brillan,  
Enardecer tu pecho,  
Llenar tu fantasía,  
Escuchar de tu boca  
Palabras espresivas,  
Merecer tus cuidados,  
Disfrutar tus caricias,  
Fuera ¡Ay! el bien supremo,  
Y el colmo de mi dicha.

## III.

**P**or un alegre prado  
De flores esmaltado,  
Y de una clara fuente  
Con la dulce corriente  
De aljofares regado;  
Mi dueño idolatrado

Iba cogiendo flores,  
Mas bella y mas lozana  
Que ninfa de Diana.  
Mil risueños amores  
En torno la cercaban,  
Y en su falda jugaban:  
Y en tanto que ella hermosa  
Ora un clavel cogia,  
Ora una linda rosa,  
Ora un tierno jacinto;  
Mas flores producia  
Aquel fresco recinto  
Orgullosa y ufano:  
Pues al punto otras tantas,  
Como tronchó la mano  
De mi dueño tirano,  
Brotaron á sus plantas.

## IV.

¿ Ves, adorada Olimpia,  
Cuan fugaz y ligero  
Saturno inexorable  
Apresura su vuelo?

Á su aspecto sañudo  
Todo pasa cual sueño,  
Que nada se resiste  
A su furor tremendo.

Rindese el necío orgullo  
De los hombres soberbios,  
Rindese el poderío,  
Rindese el alto imperio.

Altivos edificios,  
Y pomposos trofeos,  
Saber, fortuna, gloria,  
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,  
Ciudades en desiertos  
A su impulso se tornan,  
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,  
Prados en mar inmenso:  
Todo, todo á su curso  
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,  
Mas no lo está mi pecho,  
Ni el amor ardoroso  
En que por tí me quemo.

Deslízanse las horas,  
Los días van huyendo,  
Corren con paso mudo  
Los deleznable tiempos,

Y yo firme te adoro,  
Y en mas voraz incendio,  
Cada instante abrasarse  
Mi corazón advierto.

Tal vez el tuyo ingrato  
Convertiráse en hielo,  
Te cansará mi lloro,  
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,  
Serás ¡ay! de otro dueño:  
Y yo triste, y constante,  
Me abrasaré en tu fuego.

Á climas apartados  
Me arrastrará violento  
El destino terrible,  
Ó acaso mi despécho:

Y ausente de tus ojos,  
Y de tu encanto lejos,  
Te amaré desdichado,  
Por tí arderá mi pecho.

La vejez enojosa  
Vendrá con paso lento  
Marchitando las flores  
Que hora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,  
Los goces placenteros,  
De su rugosa frente  
Huirán, y de su ceño.

Blancos cual nieve pura  
Tornará mis cabellos,  
Y por tí, Olimpia mía,  
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable  
Con su brazo de hierro  
Segará mi garganta,  
Me hundirá en largo sueño:

Y el alma separada  
De mi infelice cuerpo,  
Te adorará por siempre  
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,  
Cuando reina el sosiego,  
De la argentada luna  
Al pálido reflejo,

Vendrá ya leve sombra,  
En las alas del viento,  
De Tajo venturoso  
A los bosques amenos.

Y con hondo alarido,  
Perturbando el silencio  
De las tranquilas horas  
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,  
Dirá, y oirálo el eco,  
Enterno el aura dulce  
Olimpia repitiendo.

## SONETOS.

\*\*\*\*

I,

Mísero leño, destrozado y roto,  
Que en la arenosa playa escarmentado  
Yaces, del marínero abandonado,  
Despojo vil del ábrego y del noto.

¡Cuánto mejor estabas en el soto,  
De aves, y ramas y verdor poblado,  
Antes que envanecido y deslumbrado  
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,  
La dulce paz de la floresta umbrosa  
Donde burlabas los sonóros vientos:

¿Qué tu orgulloso afan se prometía?  
¿Tambien burlarlos en la mar furiosa?  
He el fruto aqui de altivos pensamientos.

## II.

Lleno el pecho de orgullo y ufanía  
Mis gloriosas hazañas contemplaba,  
Antiguas cicatrices ostentaba,  
Y soberbios despojos oprimia.

Las lides do me hallára recorria,  
Los que venció mi brazo numeraba,  
Mi acero vencedor me recreaba,  
Y con loca arrogancia así decia:

¿Quién podrá, mas que yo, que he combatido  
Con tan fieras naciones? Duro acero  
Es ya mi corazón, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero  
De Olimpia me mostró, quedé vencido,  
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.

## III.

Huye, ó sueño apacible y delicioso,  
Del rico lecho del feroz tirano,  
Que oprime al hombre con furor insano,  
Y espera su venganza temeroso.

Huye del lecho vil del codioso,  
Que se entrega á las ondas de Oceano  
En pós del oro, y si lo vé en su mano  
Lo esconde, y mas y mas anhela ansioso.

Huye tambien del bárbaro guerrero,  
Que sigue el carro del horrendo Marte,  
Sangre inocente derramando fiero.

Ven, y en mis miembros tu licor reparte,  
Mis párpados regala placentero,  
Que en mí ningun cuidado ha de inquietarte.

## IV.

Ó amiga noche, ó noche deliciosa,  
Dulce madre del sueño regalado:  
Tu manto de diamantes tachonado  
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa  
De beleño balsámico empapado,  
Y descienda Titan al mar sagrado,  
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño  
El que la vida de los vientos fia,  
Ó el que sigue de Marte el torvo ceño:

Que á mí no puede serme grato el día,  
Pues solo las caricias de mi dueño  
Gozo á favor de tu tiniebla fría.

## V.

Gallardo alzaba la pomposa frente,  
Yedras y antiguas parras tremolando,  
El álamo de Alcides, despreciando  
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

Cuando de la alta sierra de repente  
Desprendido uracán bajó silbando,  
Que el ancho tronco por el pié tronchando,  
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano  
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,  
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté mas soberbio y mas ufano  
Vendrá un contrario soplo de fortuna,  
Y á dios oro, poder, favor, grandeza.

## VI.

Olimpia bella cual la fresca Aurora,  
Gentil mas que la cándida azucena  
Que de fragancia y granos de oro llena,  
En el vergel descuella triunfadora:

Ten compasion de quien rendido adora  
Tu imagen celestial, y la cadena  
Que en mi cuello infeliz áspera suena,  
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Si, Olimpia, si; tu plácida hermosura  
No puede en sí abrigar alma de acero,  
Muévate mi pasion sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;  
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,  
Verás, cruel, como á tus plantas muero.

## VII.

El oponer mi pecho no me asusta  
Del preñado metal al ronco estruendo,  
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo  
El golpe lanza de la parca injusta.

No me amedrenta, no, la faz adusta  
Del duro cautiverio, ni estar viendo  
Las encrespadas olas combatiendo  
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora  
El rudo trueno, y rayo relumbroso,  
Que vibra la alta diestra vengadora:

Solo me deja yerto y temeroso  
El ver al dueño á quien mi pecho adora  
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

## VIII

*Al bizarro escocés D. Juan Dowine.*

Ó de Fingál heróico descendiente,  
Que de las selvas de la Escócia fria  
Volaste á defender la patria mia,  
Con duro brazo y corazon ardiente:

Tú que del manso Bétis la corriente  
Con tu sangre teñiste, el claro dia  
Que Híspalis admiró la bizzarria  
Con que libráste á su oprimida gente:

Tu merecida gloria eterna sea:  
Por donde quier que esgrimas el acero  
Victoria grata tus esfuerzos vea.

Y sigue siempre el estandarte ibéro,  
Pues España gozosa se recrea  
En contar en sus huestes tal guerrero.

## IX.

*A Olimpia en sus dias.*

**J**amas marchite tu beldad lozana  
El tiempo volador , Olimpia mia :  
Tus ojos siempre al luminar del dia  
Ofusquen , y tu frente á la mañana,

Brille eterna en tu faz la nieve y grana,  
Y placeres revuelen aporfia ;  
Trisquen las gracias , y el amor sonria  
En torno á tu belleza soberana.

Y el claro sol en el risueño oriente,  
Mil y mil veces de esplendor vestido ,  
Tu fiesta anuncie grato y refulgente :

Y siempre mire en tí correspondido  
Mi amor, mi tierno amor puro y ardiente,  
De los tiempos triunfando y del olvido.

## X.

**L**a parda nube con fragor tremendo  
Rasga violento el uracán sañudo,  
Y al hórisono son del trueno rudo  
El ayre está en relámpagos ardiendo.

Tiembla el tirano al pavoroso estruendó  
Que retumba en sus bóbedas, y mudo  
Teme sobre su frente el rayo agudo,  
Sus vicios y maldades recorriendo.

En tanto el virtüoso en su retiro,  
Como no excita la celeste saña,  
Ni teme el rayo, ni le asusta el trueno.

¿Qué es mas felicidad? ¿cuál es, Dalmíro?  
¿El poder que del miedo se acompaña,  
Ó la tranquilidad del hombre bueno?

## XI.

Tierno pesar , amargo abatimiento  
Pintado está en tu rostro , ó Nise hermosa ,  
Porque la cruda suerte rigorosa  
De tí aleja tu amor. ¡Cruel tormento!

Suspiros das al compasivo viento,  
Llanto á tu faz envidia de la rosa,  
Late tu seno , tu alma no reposa :  
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No mas , ¡ah! que la pena ha de acabarte,  
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?  
Que tu afliccion moderes ¡ay! te pido....

¿Mas para qué me canso en consolarte,  
Si eres muger , y pronto esos extremos  
Serán risa , desprecio , burla , olvido?

## XII.

**E**n este bosque por la vez primera,  
Turbado dije á Virta : Yo te adoro ;  
Y ella bajó la frente , que orna el oro ,  
Y gozoso rubor su faz tiñera.

Sentada en ese tronco placentera,  
Siempre , me dijo , te amaré , Lidóro :  
De aquella fuente al lado , en dulce lloro  
De mí zelosa acaso prorumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa  
En coloquios de amor la siesta ardiente  
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡ qué recuerdos!... ¡ ay! ¡ Virta engañosa!  
Existen bosque y tronco y fresno y fuente ;  
Y no mi amor en tu mudable pecho.

## XIII.

Ojos divinos, luz del alma mía,  
Por la primera vez os ví enojados;  
¡Y antes viera los Cielos desplomados,  
Ó abierta ante mis pies la tierra fría!

Tened ¡ay! compasion de la agonía  
En que están mis sentidos sepultados,  
Al veros centellantes é indignados  
Mirarme, ardiendo con fiera impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos  
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto  
Mas que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,  
Que si tornais á fulminarme fieros  
Me hundireis en los reinos del espanto.

## XIV.

Viene en pós del hivierno perezoso:  
La hermosa primavera y bella Flora,  
Que el prado esmalta, y el vergél colora,  
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

En pós de oscura noche, el luminoso  
Resplandor viene de la blanca Aurora,  
Que la alta cumbre de los montes dora,  
Rasgando el negro manto tenebroso.

Despues de la borrasca embravecida  
Sosiega el mar la plácida bonanza,  
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algun consuelo alcanza:  
Solo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,  
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

## XV.

Por mas que el Noto silvador pelea  
Con el añoso roble, que eminente  
Alza en la selva la pomposa frente,  
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por mas que el mar hórrisono blanquéa  
Contrastando la roca permanente,  
Su inmoble resistir firme y valiente  
Muestra cuan vano el combatirla sea.

Asi al suspiro de mi ardiente boca  
Miro á mi Aspásia en roble convertida,  
Y á mí llorar en inmutable roca.

Y antes acabará mi triste vida  
La desesperacion que en mí provoca,  
Que logre verla á mi pasion rendida.

## XVI.

¡ Ay, que de vuestro labio purpurino  
Aterrado escuche, temblante y mudo,  
Que iba á romperse para siempre el nudo,  
Con que mis dichas enlazó el destino!

Antes hendiendo el aire cristalino  
Descienda tronador el rayo agudo,  
Sobre mi frente mísera, y sañudo  
Me confunda en humoso remolino.

¿ Y qué, Olimpia cruel, has olvidado  
Mi amor, tus juramentos?... ¡fiera suerte!  
¿ Y tú los romperás con brazo airado?..

¿ Por qué antes de mirarte y de quererte  
Al hondo sueño del sepulcro helado  
No me arrastró la compasiva muerte?

## XVII.

Líbrase al soplo del airado viento,  
Con vuelo raudó, con mortal latido,  
Huyendo arrebatada hácia su nido  
La tímida paloma sin aliento.

Huye porque del alto firmamento  
De entre cárdenas nubes desprendido,  
Sobre las pardas alas sostenido  
Baja en su busca el alcotán sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso  
Tierno palomo con arrullo blando,  
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella leccion, ó dueño hermoso,  
Del que fuere enemigo huye volando;  
Mas no de mí, que soy tu fino amante.

## XVIII.

**L**auro y triunfos consiga el ambicioso,  
Que de viudez y de orfandad seguido,  
Dejando el orbe en llanto sumergido,  
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

Á costa de su sueño y su reposo  
Gócese el vil tirano en el gemido  
Del miserable, que á sus pies rendido  
Le acáta, y le maldice rencoroso,

Logre un mar de riqueza inagotable,  
Pues que riqueza inútil solo adora,  
El aváro mezquino y detestable ;

Y déjenme gozar de mi señora  
Los dulces ojos, la sonrisa amable,  
Y el brillo de su faz encantadora.

## XIX.

*Despedida de la cabaña de Antimio.*

Quédate á Dios, mansion afortunada,  
Do reina la inocencia y la alegría:  
De tí me aparta ¡ay Dios! la estrella impía,  
Humilde choza de virtud colmada.

Á Dios quedad pastores: si la airada  
Suerte al nacer del venidero día  
De vos me aleja, os dejo el alma mía,  
Que vuestro amable seno es su morada.

Cuando allá entre soberbios artesones,  
De cedro á trechos, y de esmaltes y oro,  
Morada de los vicios y traiciones

Viva entre sustos y congoja y lloro;  
Diré para templar mis aflicciones:  
Salud cabaña, cuyo nombre adoro.

## ODAS.



### I.

*Al armamento de las provincias españolas  
contra los franceses.*

¿A dó se encumbra con altivo vuelo  
El ronco son de mi inocente lira,  
El blando mirto de que está adornada  
Tornándose en laurel?... ¿A donde osada  
Lleva su acento?... Elévase hasta el cielo,  
Y al impulso del númen que la inspira,  
Ya ni penas suspira,  
Ni amorosos sonidos  
Entona, ni ternezas, ni placeres,  
Ni arrullos de Citeres;  
Sino muertes, y horrores, y alaridos,

Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,  
Que cual bélica trompa atruena el viento.

¿Pero qué agitacion mi pecho siente?  
¿Qué turbacion embarga el alma mia?...  
Ya por el ancho espacio me sublimo,  
Y en los campos etéreos el pié imprimo  
Jamás hollados por humana gente.  
Llego á la esfera donde nace el dia:  
Allí mi fantasía  
Cercana mira al cielo;  
Y cual neblí, que hasta la parda nube  
Veloz y altivo sube  
Con presuroso arrebatado vuelo,  
Así atrevida mi soberbia planta  
Á los rojos celages se adelanta.

Y entre las rotas nubes estoy viendo  
El suelo hispano y su gallarda gente  
En fiera llama arder, y miro á Marte  
Enarbolar feroz el estandarte,  
Y escucho de su carro el sordo estruendo,  
Y en la rueda gemir el eje ardiente.  
La cuadríga ferviente

Se agita, y corre, y suda. Ya las fieras  
Escuadras alzan bélico alarido,  
Al hórrido sonido  
Despléganse pendones y banderas,  
Y ensordecen del aire las regiones  
El tambor y clarin con roncós sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo  
El inerte sufrir en que yacías,  
Ó dulce patria, el hondo abatimiento,  
En tan glorioso y bélico ardimiento?  
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo  
Destino, que ofuscó tus claros días?  
¡Ah! Las alevosías  
De pérfidos tiranos  
Despiertan y dan temple á las naciones.  
Al fin los corazones  
Se cansan de gemir, cobran las manos  
Fuerza entre las cadenas, y el despecho  
Da arrojó y furia al ofendido pecho.

Sí, Gália; sí, tu horrenda tiranía,  
Tu aleve trato y pérfidas traiciones  
Sacáron á la opresa y triste España

Del hondo sueño. Tiembla de su saña :  
Tiembla. No importa que tu furia impía  
Arda en innumerables escuadrones :  
No importa que aprisiones  
Con astucia inclemente  
Sus principes : no importa que furiosa  
En Mántua congojosa  
Abras de sangre cálida un torrente,  
Pues tu crueldad produce patriotismo,  
Virtudes, libertad, y alto heroismo.

Venganza, dice, el animoso viento  
En las cavernas cóncavas zumbando.  
Venganza dicen las bramantes olas  
Al azotar las playas españolas.  
Venganza dice el alto firmamento  
Hórrisonas tormentas agitando.  
Venganza contra el bando  
De los galos traidores,  
Que escondiendo el puñal entre la oliva,  
Con furia y saña altiva  
De amigos se tornaron opresores;  
Volviendo alevemente sus abrazos  
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza  
El Turia , el Bétis , Guadiana y Duero,  
Y el Segura , y el Ebro levantando  
Las frentes , y á sus hijos convocando  
Para empuñar la vengadora lanza,  
Llenan de mudo asombro el orbe entero.  
Al estruendo guerrero  
Del Cid los sucesores  
Cubren el cuerpo de luciente malla,  
Y en horrenda batalla  
Renuevan el valor de sus mayores:  
Y grita el pueblo Astur , y por la sierra  
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota  
El espacioso campo de Castilla :  
Las tumbas de los héroes se estremecen:  
En Sagunto y Numancia resplandecen  
Los españoles de la edad remota ,  
Y lumbre celestial en ellos brilla.  
Los hijos de Sevilla  
Sobre la invicta espada  
Del gran Fernando , horror del agareno,  
De constancia y honor henchido el seno,

Juran vengar la patria profanada ;  
Y recuerda su arrojo y alta gloria  
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragon.... Ó fiel Sansueña:  
Alza hasta el cielo la almenada frente ;  
Gloria inmortal tendrás. Tus torreones  
Burlarán los feroces escuadrones,  
Como el hervor del mar la inmensa peña.  
Y el Ebro ufano en su veloz corriente  
Gozoso arrastrará la altiva gente  
Que envanecida y fiera  
Intente derrocar tu poderío:  
Que el denuedo y el brio  
De tus heroicos hijos por do quiera  
Muerte y espanto sembrará en las haces,  
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento  
Desparece la espiga ya tostada,  
Envuelta en remolino polvoroso,  
Asi la hueste del francés doloso  
Se abate y desaparece en un momento,  
Del ardor español arrebatada.

Y huye desalentada,  
Y es vana la carrera  
Del bélico animal, y el reverbero  
Del morrion guerrero,  
Y de la cota refulgente y fiera;  
Que al valor de la Hesperia se ha humillado  
El potro, y la coraza, y el soldado.

Hoy correis, españoles, á la gloria,  
Y brillará de vuestro honor la llama  
Ejemplo siendo al orbe, y mudo espanto.  
De San Quintin, Pavía, y Camposanto  
Se reproduce la feliz memoria,  
Se reverdece la triunfante rama:  
Y logrando la fama  
Que alcanzan los varones,  
Que de la esclavitud y abatimiento  
A fuerza de ardimiento,  
Y de sangre, libertan las naciones;  
En eterno padrón que al tiempo asombre  
Vivirá siempre vuestro heróico nombre.

## II.

*A la victoria de Baylén.*

**H**orrendas huestes la fragosa cumbre  
Oprimen de los montes Maríanos,  
Y bajan hácia el Bétis orgullosas.  
Del carro apolinar la viva lumbre  
Envuelta en negro polvo se oscurece,  
La tierra se estremece,  
Y retumban las cumbres, y los llanos,  
Y las selvas umbrosas  
Al clamor de la trompa resonante,  
Al ronco estruendo de las armas fieras,  
Al bélico alarido,  
Y al crujir los arneses de diamante.  
Poblado de pendones y banderas  
Arde el aire en relinchos encendido,  
Y deslumbran y pasman á lo léjos  
De los bruñidos cascos los reflejos.

¿ Quiénes son los beligeros varones?  
¿ Quiénes son, y do van? ¿ cuál es su intento?  
¿ Qué buscan estas bárbaras legiones?  
¿ Son acaso los hijos de la tierra,  
Que otra vez mueven guerra  
Al Cielo con sacrílego ardimiento?  
Ya se acercan, ya llegan presurosas,  
Y dejan de la sierra la ágría frente  
Inundando las vegas silenciosas  
Cual rápido torrente.  
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,  
Y sobre ellas el águila altanera  
Tiende las alas con audacia fiera.

¡ Ay, que son los feroces asesinos,  
Que el Carpetano suelo  
Sembraron inhumanos  
De llanto y luto, de orfandad y duelo!  
Vedlos, vedlos ufanos  
De su negra traicion alarde haciendo,  
Tintas de sangre cálida las manos,  
Venir estas campiñas destruyendo.  
Y su Adalid, que osado  
Busca nuevas naciones,

Que envolver en pesados eslabones,  
 De matanzas y horrores no saciado;  
 Del Bétis huella el llano delicioso,  
 A su corriente audaz se precipita,  
 Y las huestes indómitas agita.  
 Y estendiendo los ojos codiciosos  
 „Do está, exclama, de Esperia el poderío?  
 Presa hoy toda será del brazo mio.”

¿Pero qué sordo estruendo se levanta  
 En la imperial Sevilla y su contorno?...  
 Huye infeliz con voladora planta:  
 Escucha el raudó viento  
 De belísono son henchido en torno.  
 ¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,  
 Y tu altivez provoca -  
 Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño  
 De los orbes de luz, si vuelve airada  
 La escelsa frente tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente,  
 Y aprieta el rayo ardiente,  
 Y agita las sonoras tempestades,  
 Y el silboso uracán. De su venganza

Con la temible lanza  
Arma contra tu orgullo de la España  
Al Angel tutelar , que la blande  
Con inmortal poder , con justa saña,  
Y con celeste ardor : y recorriendo  
Montes y valles , bosques y llanuras,  
Vá á sus hijos llamando á la peléa.  
Y se tornan las rejas en espadas,  
Y lanzas brota el suelo , resonando  
Su voz por la espaciosa Andalucía,  
Hierva en valientes haces denodadas,  
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo , que abortó el tridente  
Relinchando ardoroso  
El grave peso siente  
Del gallardo español , que esgrime osado  
El acero lustroso,  
De virtud , de valor , de enojo armado.  
Ya llegan en tu busca , Dupont fiero,  
Las fuerzas españolas  
Al campo de Baylén , y en los pendones,  
Que abatieron del bárbaro Agareno  
Las blancas lunas y encrespadas colas,

Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,  
Y guerra por do quier : desde la frente  
De la enriscada sierra,  
Hasta el mar de occidente,  
Que azota el alto muro Gaditano,  
La líbida Belona  
Con sangriento clarín guerra pregoná.  
¿Y aún osas resistir?... En vano, en vano  
Ordenas tus horrendos escuadrones,  
Y ánimas la cuadriga resonante  
De tu carro fatal. Si las regiones  
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio  
Riegan, de tu señor besan la planta,  
Y gimen con oprobio en servidumbre;  
De Hesperia á los valientes campeones  
Tu poder colosal no les espanta.  
Y con radiante lumbre  
La antorcha del valor arde en sus pechos,  
Y dejarán deshechos  
Los eslabones de la vil cadena,  
Que el tirano que al mundo dicta leyes  
Desde el esclavo Sena,

Y abate tronos, y cautiva reyes,  
Quiere imponer á España osadamente,  
Con negra astucia y con armada gente.

¡Ay, cuanto de congoja y mudo espanto  
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,  
Ó Gália injusta, al ver el poderío,  
El denuedo y el brio  
De los varones inclitos ibéros!  
Vuela fogoso el andaluz caballo,  
Y el ginete revuelve la cuchilla  
Tus tímidas escuadras arrollando.  
El vaciado metal aborta el rayo,  
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla  
La atmósfera purísima atronando.  
Los espumosos hórridos torrentes,  
Que de las altas cumbres se derrumban  
Arrastran las corazas refulgentes,  
Y tronchados aceros  
De tus soldados fieros.  
Crece el horrible estrago,  
Tristes ayes retumban,  
Y de francesa sangre un grande lago  
Son de Baylén los campos, ya cubiertos

De rotas armas, y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mia,  
Y de tus hijos el laurel sagrado.  
Venció tu valentía,  
Y tu justo furor: y ya no es dado  
Al frances resistir, que sin aliento  
Con débil llanto sus mejillas moja,  
La espada inútil humillado arroja  
Y tórnase su orgullo en vil lamento.  
Victoria suena el viento,  
Y victoria repiten los collados,  
Y victoria los bosques destrozados,  
Y el raudó Bétis grita  
Victoria, y en el mar se precipita.

## III.

*A la victoria de Arapiles.*

**L**evanta ó Tórmes la divina frente,  
Coronada de juncias y verbenas,  
Y convoca tus ninfas y pastores,  
Y de tu orilla la dichosa gente,  
Que rotas son tus hórridas cadenas.  
Y entonando dulcísimos loores  
Canta á los vencedores,  
Que en tu auxilio volaron  
Con tal denuedo y ardoroso brío,  
Que al verlos se turbaron  
Las numerosas huestes del impío:  
Y desaparecieron asustadas,  
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira , ó Tórmes , triunfante en tu ribera  
Al hijo de Belóna , al anglo fiero ,  
Libertador glorioso de Castilla ,



Al que Bengala victorioso viera,  
Á quien el Ganges la cerviz humilla,  
Al que es pavor de Gália en Tajo y Duero.  
Mírale precedido  
De la victoria por do quier. Su lanza  
Hoy sirve de instrumento á la venganza,  
Del cielo tronador, y protegido  
Del furibundo Marte  
Libertará la España,  
Llevará su estandarte  
Á la vana Lutecia,  
Y del francés humillará la saña,  
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra  
Vé que el Breton restaura los castillos  
Presas de su furor : intenta osado  
Al mismo firmamento mover guerra:  
Junta sus haces, habla á sus caudillos,  
Y en sus huestes sin número fiado;  
"Corred, volad, les dice encarnizado,  
Oprimid nuevamente  
El Agueda y el Duero, y Guadiana.  
Mi fuerza omnipotente

Vuelva á triunfar, y la nacion hispana  
Tiemble de mi rencor: los insulares  
De estas tierras lanzad, sulquen los mares  
En sus naves, huyendo  
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.”

Dijo: y cual suele á la ardorosa lumbre  
Del flamígero carro luminoso  
Deshacerse la nieve amontonada  
Del gran Moncayo en la elevada cumbre;  
Que con sonido raudó, en espumoso  
Y rugidor torrente desatada  
Corre precipitada,  
Arrebatando los peñascos rudos,  
Y los troncos membrudos,  
Y cubre con presura  
El valle, el monte, el soto y la llanura;  
De este modo las haçes orgullosas  
Heridas de su acento se agitaron,  
Corrieron presurosas,  
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,  
Ó Tórmes, y en tus márgenes amenas

Estampando las huellas sanguinosas,  
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,  
Asolar amenazan las almenas  
De la española Aténas,  
Y al verlas dice ufano  
El feroz adalid: „Por mas que intente  
De mi furor insano  
Minerva defender esa muralla;  
Su esfuerzo es impotente  
Contra mi poderío,  
Contra este acero, y contra el brazo mio.”

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado  
Deshizo, como suele ardiente fuego  
Deshacer seca arista! y el valiente  
Breton de enojo armado  
Salió á su encuentro luego:  
Y el brazo del Señor omnipotente,  
Que no tolera al vano y orgulloso,  
De palma y de laurel ciñó la frente  
Á Wellington glorioso.  
Cayó el galo á su vista, de la suerte  
Que al rudo empuje del sañudo viento  
Altivo cedro, cuya escelsa cima

Tocaba en el sublime firmamento,  
Y se vé en un momento  
Roto, sin hojas, mústio, destruido,  
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,  
Rotas sus huestes, rota su esperanza,  
Y en roja sangre su adalid bañado,  
Huye desalentado,  
Huye de la venganza  
Del anglo vencedor. La lanza fiera  
Arroja el polonés, y huye anhelante,  
El soberbio bridon aguija en vano,  
En vano tiende el brazo y la cuchilla;  
Que al vencedor se humilla,  
Y ante el inglés triunfante  
En la sangrienta arena  
Ó le alcanza la muerte, ó la cadena,

Los bravos adalides,  
Que en tantas fieras lides,  
Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,  
Con mudo espanto y con asombro huyeron.  
Á Wellington miraron,

Y su denuedo y brazo no vencido;  
 Y al punto se turbaron,  
 Y su antiguo valor quedó en olvido.  
 Mil falanges gimieron prisioneras:  
 Rompiéronse del fuerte las banderas:  
 Y el ferviente cañon mudo y cautivo  
 Al vencedor altivo  
 Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,  
 Con tardo paso, entre vencida gente.

## IV.

*Napoleon destronado.*

¿En dónde, en dónde, ó Sena esclarecido,  
 El que de duelo y orfandad cubría  
 Tus márgenes está? ¿Dó está el aléve,  
 Que hizo tan escelso nombre aborrecido  
 En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?  
 ¿El que con planta impura  
 El dosel profanó de Clodovéo,  
 Y ardiendo en el deséo  
 De ver gemir ante sus pies la tierra,

El orbe conmovió con cruda guerra,  
Dejó desiertos tus mezquinos lares,  
Y de sangre inundó regocijado  
El ancho mundo, y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,  
Y de la antigua Gália en los escombros  
Aseguró los pies, la torva vista  
En derredor tendió; y "¿Al brazo mio  
Quién habrá tan osado que resista?  
Ni aún el rayo de Dios me causa asombro,"  
Dijo Napoleon. Al carro horrendo  
De Mavorte feroz subió arrogante,  
Agitó la cuadriga resonante,  
Y á su terrible estruendo  
Los robustos temblaron,  
Los altos y los fuertes se humillaron,  
Que de terror y asombro el orbe llena;  
Como rauda torrente  
Que rompe hinchado el cáuce que lo enfrena.

El Nilo vió su encóno fulminoso,  
Y de cálida sangre enrojecida  
La frígida corriente,

Arrastró al mar undoso  
Rompidos carros, miembros palpitantes,  
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.  
Los Alpes vieron su enriscada frente  
Vilmente hollada, y su poder deshecho;  
Y las fértiles cumbres de Apenino  
Se humillaron también, y con despecho  
Vieron la muerte del poder latino.  
El Danubio después las turbias ondas  
Volvió medroso á su primera fuente;  
Que al monstruo vió talar ambas riberas.  
Y el Vístula pasmado,  
Su curso entre carámbanos cubría,  
Del belisno estrépito asustado.

¡Ay, que el Genio del mal al mediodía  
Revuelve su furor!... Ya sus banderas  
Las cumbres del adusto Pirineo  
Profanaron también, y el nuevo Atíla  
Pisa de Iberia la mansión tranquila.  
¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?  
¿No escuchas al blasfemo  
Decir: "Ni al rayo temo,  
Quién podrá resistir al brazo mío,

Quién contra mí levantará la frente,  
Si yo soy el Señor omnipotente?"

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo  
Llenó de tu bondad, y ya tu ira  
Prepara la venganza y el castigo.  
Alzad á Dios las manos, ó naciones,  
Á quien de sangre y de dolor y espanto  
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo  
Tambien lo es de su nombre sacrosanto,  
Y con fragor tremendo  
Del uracán sobre las negras alas  
El carro del Señor viene corriendo,  
Y rásganse las nubes, y agitando  
El mar hinchado sus bramantes ondas,  
El enojo de Dios está anunciando:  
Pálido el sol suspende el movimiento,  
Y se estremece el alto firmamento,  
Que Jehova empuña la trisulca llama,  
Y por los rudos vientos se derrama  
Su acento, semejante  
Al trueno retumbante  
Abortador de rayos,  
Y al estruendo de carros y caballos,

Que corren á la lid, y dice: "Sea  
Castigado el soberbio,  
Y confundida su impiedad se vea."

El mandato de Dios obedeciéndlo,  
España apresta sus valientes haces  
Contra la iniquidad. Y los britáños  
Las regiones del mar luego cubriendo  
Con el número inmenso de sus naves,  
Y oprimiendo las crespas y altas olas,  
Se unieron á las huestes españolas,  
Que gallardas volaron al combate:  
Y su denuedo abate  
El gran poder del bárbaro, y huyeron,  
Y con pavor cayeron,  
Como á los pies del segador las mieses  
En los tostados campos de Castilla,  
Los que triunfos le dieron tantas veces,  
Los satélites fieros que acaudilla.

También el lusitano airado y fiero  
Los combatió y triunfó. Luego ligero  
Corre á la lid el guerreador, que habita  
En la Zembia polar al sol vedada.

Corre al combate el indomable Escíta,  
Que en el Riféo monte,  
Señor eterno de herizada nieve,  
La amarga sangre de las fieras bebe.  
Y vuelan á la lid los que vencieron  
En Prága y en Rosbac: que la venganza  
Del Dios de Abraham los llama á la pelea,  
Y arma sus diestras de invencible lanza.

Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,  
Y el rayo vengador siente en su seno  
De mudo espanto lleno:  
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,  
Se yela, y se estremece,  
Y mira por do quier á sus guerreros  
Huir desalentados  
Arrojando la malla y los aceros.  
Y al ver hollada la corriente fria  
Del espumoso Rheno, y á tí, ó Sena,  
Libre de la cadena,  
Que con tus propios hijos te imponia;  
Cayó precipitado  
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo, ó Gália venturosa,  
Dulcísimas canciones,  
Himnos de gratitud al Ser eterno,  
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,  
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,  
Que de Senacherib hundió la frente,  
Y que en la mar rugiente  
Sepultó á Faraón con mudo espanto;  
Ha confundido al bárbaro orgulloso,  
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,  
De luto y de viudez... ¡Ah, que no fuera  
Capaz mi rudo acento  
De ensordecer el animoso viento,  
Y el ronco hervor del piélago espantoso!  
Al atrevido azór alas pidiera,  
Y con ellas volára presuroso,  
Sin temer de Titán la viva lumbre,  
De Pirineo á la elevada cumbre,  
Y allí al son de la cítara de Apolo  
Entonára canciones de alegría,  
Que sonáran en uno y otro polo,  
Y donde nace, y donde muere el día.

## V.

*A España triunfante.*

¿Quién podrá dignamente  
Cantar tu heróico nombre, ó patria mia,  
Y tu gloria esplendente,  
Aun mas que el cláro dia,  
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfria?

Tú sola egregia España,  
Al opresor del mundo te opusiste,  
Despreciando su saña:  
Y sus láuros volviste  
En vil oprobio, y su furor rompiste;

Como el áspera roca  
Rompé del ronco mar onda rugiente,  
Que con audacia loca,  
Y rápida corriente  
La embiste, y su furor es impotente.

Tembló la enhiesta cumbre  
De Pirene, los valles retumbando;  
Á la gran muchedumbre,  
Que en tu daño volando  
Fué tus tranquilos campos inundando.

Mas ¡ay! la Gália fiera  
De tu valor y esfuerzo temerosa,  
Cubrió la faz guerrera  
Con máscara engañosa,  
Brindándote amistad y paz dolosa.

Y luego alevemente  
Cuando te vió adormida en sus alhagos,  
De tu sangre inocente  
Con bárbaros estragos  
Hizo en tu triste suelo horrendos lagos.

El tardo Manzanares  
Fué el primero que vió tu alevosía;  
Despues que entre sus lares  
Te acogió, ó Gália impía:  
Y aun los brazos amigos te estendia.

Mas ¡ó furor! entonces  
Víctimas mil cayendo á tu cuchilla,  
Viste pechos de bronce  
Dó no cúpo mancilla;  
Sí gloria eterna que por siempre brilla.

Y de aquellos torrentes  
De sangre heróica que cruel vertiste,  
Millones de valientes  
Nacer contra tí viste,  
Y el justo pago á tu traicion cogiste.

El sacrosanto fuego  
Del odio y la justísima venganza  
Voraz contra tí luego  
Cuadió, sin mas tardanza  
Que llama, que á la seca mies se avanza.

Y animosos volaron  
Los hijos de la Hispana monarquía,  
Y ansiosos se saciaron  
De sangre tuya impía,  
Abatiendo tu orgullo y ufanía;

Como suele violento  
En el alto Monçayo peñascoso,  
El resonante viento  
Abatir el añoso  
Pino, que al cielo alzábase orgulloso.

Y seis veces cumpliendo  
Su curso la quadriga refulgente,  
Estuvo siempre viendo  
En tu daño inclemente  
Gozarse leda la española gente.

Baylén, y Talavera,  
Tamames, Abisval, Heras, Chiclana,  
Sampayo y Albuera:  
¡Ay, que la voz humana,  
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,  
Dó los hespérios inclitos pendones,  
Lograron alta gloria!  
Eternas bendiciones  
Os darán mil y mil generaciones.

Y „Aqui fué la venganza,  
Al miraros dirán, aqui rindieron  
Su bárbara pujanza  
Los que alevos quisieron  
La patria encadenar, aqui cayeron,“

¡Ó Sansueña, ó Gerona,  
De la española independencía escudo!  
Vuestro valor pregona,  
Hollando al tiempo crudo,  
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente  
Venciendo de los siglos la espesura,  
Brillará eternamente,  
Cual brilla en noche oscura  
Del sangriento Orion la lumbre pura.

Inmortales varones,  
Que de constancia y de heroísmo armados  
Siguiendo los pendones  
De la patria, inmolados  
Fuisteis en sus altares adorados:

Salve y quietud , ó manes.  
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,  
Vuestro valor y afanes  
Dieron opímo fruto:  
Dígalo el Sena , y su amargura y luto.

Su poder indomable  
Hundiose á vuestro esfuerzo sin segundo,  
Cual peña inmensurable  
Húndese al mar profundo,  
Herida por el rayo furibundo.

Ó patria , escelsa España  
Goza , goza feliz tantos laureles,  
Que á pesar de la saña  
De los hados crüeles,  
Ganaron para tí tus hijos fieles.

Si ; ya tu régia planta  
Sobre rompidas armas estrivando,  
Y la inicua garganta  
De tu opresor hollando,  
La admiracion del mundo estás gozando.

## VI.

*Al mismo asunto, premiada por la Sociedad  
patriótica de Sevilla.*

Goza feliz, esclarecida España,  
En dulce paz los inclitos laureles  
Á tu constancia y tu valor debidos:  
Del bélico furor la horrenda saña  
Supieron derrocar tus hijos fieles,  
Que de valor y de lealtad vestidos,  
Volaron atrevidos  
Á defender tu libertad augusta,  
Y á tus plantas rindieron  
Á los audaces, que agresion injusta  
Á tu escelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay cuan en vano el opresor del mundo,  
Desde la enhiesta y enriscada cumbre  
De Párene, sus ojos espantosos  
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo  
De sus haçes juntó la muchedumbre,

Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,  
En tu daño animosos,  
Les dijo: „En sangre inundense estos llanos:  
Señor de España sea:  
Y atada, y con cadenas á las manos  
Su gloria al carro de mi triunfo vea.”

Tronó la áspera cima, y retumbaron  
Las cóncavas cavernas á su acento,  
Cual suena el ronco mar. Las foragidas  
Huestes al campo Ibéro se arrojaron,  
Del modo con que suele el raudo viento  
Arrojarse á las selvas estendidas,  
Y á las mieses crecidas:  
Mas de pronto su saña contuvieron,  
Y, „Sincéros amigos nos finjamos,  
Y es mas seguro el triunfo:” se dijeron,  
„El puñal entre olivas escondamos.”

¡Heróicos carpetanos! ¡Gloria eterna  
A vuestro egregio y esplendente brio!  
Vuestro nombre al traves de las edades,  
Con luz inextinguible y sempiterna  
Brillará, cual la estrella del estío

En medio de la niebla, Las maldades,  
Las negras falsedades  
De los pérfidos galos conociendo,  
Libertad y venganza  
Gritasteis denodados, y el horrendo  
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,  
Sin doble cota, ni bruñido acero  
Disteis el pecho á la tremenda muerte.  
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte:  
El valiente gimió, rindióse el fuerte,  
Y huyó cobarde el bárbaro guerrero,  
Y el caballo ligero  
Con las espuelas tímido afligia,  
Ni edad ni sexo ¡oh gloria!  
Ocioso estuvo en tan infausto día:  
¡Día de horror y de eternal memoria?

Vuestro valor, vuestro heroismo empero  
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,  
La máscara del todo derrivando,  
Vengó su afrenta con estrago fiero.  
Desarmada la diestra poderosa,

Que armada huyeran de pavor temblando,  
 Entre el pérfido bando  
 Os llevaron... ¡Ay Dios!... En sangre triste  
 Feroces se bañaron....  
 ¡Ó blanca luna, con horror lo viste!  
 ¡Ó Mayo, tus vergeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados  
 Por la quietud del mundo:... ¡ó tú, Velarde,  
 ¡Ó Daöiz!... ¿Qué pecho virtuoso  
 Al prorumpir en nombres tan sagrados,  
 En patriotismo y gratitud no arde?  
 Cual de leve centella presuroso  
 El fuego desastroso,  
 Agitado del ábrego sonante,  
 Con destructora llama  
 Y estallidos y horror, en corto instante  
 Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente  
 Se estendió por los términos de Hespéria,  
 Germinando heroísmo y osadía.  
 Gritó venganza la asturiana gente:  
 Y resonó venganza Celtiberia:

Guerra y venganza el Turia repetía,  
Y venganza decía  
El viento ronco en la imperial Toledo:  
Y guerra el padre Bétis  
Dende Segura con marcial denuedo,  
Hasta llegar al término de Tétis.

¡Baylen!... ¡Baylen! tus selvas aun blanquean  
Con los despojos de la escelsa gloria  
Que Bética ganó con alto nombre.  
En los siglos futuros, cuando sean  
Otras generaciones, tu memoria  
Será padron que al crudo tiempo asombre:  
Cuando tu suelo escombre  
Con dura reja el labrador cansado,  
Huesos enmohecidos  
Y rotas armas volcará el arado,  
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos  
Detendrá el labrador, y allí juntando  
Sus hijos, les dirá: „Ved, hijos míos,  
Aquí tenís patentes los cimientos  
De nuestra independencia.” Y recordando

Tanta hazafia sin par , tan altos brios,  
Y los copiosos rios  
De sangre allí vertida , ilustres hechos  
Contará de los béticos varones:  
Y de los jovencillos en los pechos  
Palpitarán los tiernos corazones.

¡ Venerables escombros y rüinas  
De eterna gloria! ¡ Sin igual ejemplo  
De heroísmo y constancia! ¡ Ó tú Gerona!  
¡ Ó Sansueña!... Cantad , Musas divinas,  
Cantad del Pindo en el sagrado templo  
Estos nombres de honor... Allí Belona  
Sus huestes amontona  
En vano ; que su furia se quebranta  
Cual onda hinchada contra altiva peña.  
Ó fama , ó enmudece , ó solo canta  
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames , y Abisval , y Talavera,  
Y Chiclana , y Valencia , y Arapiles,  
Y donde fué Manresa desgraciada,  
Y Lerín , y Sampayo , y Albuherá,  
Campos de horror á los traidores viles,

Que osaron profanar la patria amada :  
Correrá apresurada  
La serie de los siglos; tronos, reyes,  
Mares, planetas, se verán mudados,  
Cambiando el orbe sus eternas leyes;  
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heróico La-Carrera,  
Alvarez inmortal..... ¡Ah! Desde el cielo  
Dó á par de los Pelayos y Guzmanes,  
Coronados de palma duradera,  
Gozais ya libres del humano velo  
El galardón debido á los afanes  
Con que los capitanes  
Suben de gloria á la sublime cumbre:  
Permitid que mi lábio humilde os nombre;  
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre  
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Inclita patria, España generosa :  
Asi tus hijos el robusto pecho  
Al hierro agudo por librarte dieron.  
Estos el gran poder de la orgullosa  
Gália dejaron á tus pies deshecho,

Y su furor y su altivez rompieron,  
Y fuertes la rindieron,  
Como en el alto Líbano acerada  
Segur rinde del cedro la alta cima,  
Que de pomposos ramos adornada  
A las tronantes nubes se sublima.

Ellos, ellos, ó patria, derrocaron  
Al opresor de la anchurosa tierra,  
Su soberbia éual humo disipando.  
Y del fiero invasor la furia hollaron,  
Con sangre y hierro, y con constante guerra:  
Y hazaña con hazaña entrelazando  
Al augusto Fernando  
Volvieron denodados á tu suelo;  
Y con él juntamente en dulce dia  
Tu grato afán, tu plácido consuelo,  
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Alcese en la elevada y ágría frente  
Del nimboso Pirene un monumento,  
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,  
Aun mas que los egipcios eminente,  
Y el bélico furor allí sangriento

Con cadenas de bronce resonante  
Atado, el rechinante,  
Diente egercete en ferreos eslabones;  
Y *A tí, España, la paz, á tí debemos,*  
Allí escriban del mundo las naciones,  
*La dulce libertad en que nos vemos.*

## VII.

*A las artes despues de la paz.*

Alzad, alzad la marchitada frente  
Con radiante esplendor, hijas del cielo:  
Volved, divinas artes, amorosas  
A brillar como el sol en el oriente,  
Y á ser encanto del hispano suelo.  
Tal vez cuando tormenta resonante  
Con tenebroso velo  
Cubre de luto y de pavor el Prado,  
Mústias doblegan las purpúreas rosas  
La faz encantadora y rutilante;  
Mas luego que Fabonio regalado  
Rompe las pardas nubes borrascosas,

Al punto cobran la beldad perdida,  
Y ostentan nuevo olor, y nueva vida.

Tal vosotras, bellísimas hermanas,  
Recóbraos del pavor. Si el fiero Marte  
Oscureció vuestro esplendente brillo,  
Ya calma su furor, y las insanas  
Huestes, que en pos del bárbaro estandarte  
Del que en vuestro dolor se complacia,  
En una y otra parte,  
Os destrozaban sin piedad, rindieron  
El cuello aleve al vengador cuchillo,  
Y temblando la hispana valentía  
Con mudo espanto para siempre huyeron.  
Y hasta el orgullo atroz de su caudillo  
Tornóse en humo, viéndose arrojado  
Del trono con sus plantas profanado.

Descendió de la angélica morada  
Sobre cándida nube sostenida,  
De pura luz y rayos divinales,  
De azucenas y rosas coronada,  
Y de consuelo celestial vestida  
La sacrosanta Paz. Con dulce encanto

Templó de la angustiada  
Hesperia la afliccion, y sonriendo,  
Desplegando las álas virginales,  
Afable enjuga vuestro acerbo llanto:  
Grata vuestras ofrendas atendiendo.  
Y os dice: »Ya cesaron tantos males.  
Venid, amadas artes, venid luego:  
Gozad tranquilas del feliz sosiego.»

¿Y en dónde, en dónde con mayor decoro,  
Con igual pompa y colosal grandeza  
Podrá estenderse vuestro noble imperio,  
Que en el suelo español? ¿Dónde el tesoro  
De la sublimidad y la belleza  
Podrá ostentar objetos mas grandiosos,  
Que en el distrito hespérico?.....  
Los ojos desde Calpe á Pirineo  
Tended: solo hallarán triunfos, victorias,  
Y constancia sin par, y hechos gloriosos.  
Alzad á todos inmortal trofeo:  
Sostened, nobles artes, tantas glorias:  
Eternizadlas pues en vividores  
Bronces y tablas, jaspes y colores.

Ó divina pintura, ilusion grata,  
Que la dulce espresion y alta belleza  
Comunicaste á la sublíme mano  
Del grande Urbino, á quien la suerte ingrata,  
Ó envidiosa tal vez naturaleza,  
Arrebató en su flor. Tu que venciste  
La gracia y gentileza  
De la lozana juventud riente;  
Cuando el pincel amable y sobre humano  
De Corrégio amorosa dirigiste:  
Tú que á Flora risueña y esplendente  
Robastes el matiz para Ticiano:  
Inmortaliza con tu sacro aliento  
De España las virtudes y ardimiento.

Si á trasladar al lienzo te atreviste  
Del Verbo eterno la radiante gloria,  
Que ilustró de Tabor la áspera frente;  
Si tanto brio demostrar supiste  
Copiándonos de Arbelas la victoria;  
¿Qué se podrá negar á tus colores?  
Traza la augusta historia  
De la española independendia. Mira  
Allí lidiar la carpetana gente

Sin trompa ni estandarte, y los furoros  
Del duro Marte despreciar con ira.  
Allá esgrimir la espada refulgente  
El sêxo hermoso con heróica saña,  
Y en todas partes combatir España.

Mira el noble y sagrado patriotismo  
Correr selvas, y montes y llanuras,  
Derramando su santa viva lumbre,  
Los pechos españoles de heroismo  
Llenando por do quier. Estrellas puras  
Son sus ojos, su acento semejante  
Al que en nubes oscuras  
Sonoro ostenta el retumbante trueno  
Guerra y venganza grita, y la alta cumbre  
Guerra, repite, y guerra el mar sonante,  
Y guerra el hondo valle, y bosque ameno.  
Mira luego la gala muchedumbre  
Temblar, palidecer, y anonadada,  
Darse á la fuga, y arrojar la espada.

¿Mas qué animado mármol se presenta  
A ser admiracion y pasmo mio?...  
¿El Dios de Delfos es!... ¡ah!... ¡La victoria

De la sierpe Piton su frente ostenta!...  
El pecho divinal lleno de brio,  
Asoma al rostro celestial encanto,  
Con alto poderío  
El brazo flechador , siempre triunfante,  
Muestra estendido su presente gloria,  
Cubierto apenas del ligero manto:  
Y la gallarda espalda , el relevante  
Tórso , y desde el cabello hasta la planta  
Manifiestan al dios de la belleza,  
Con noble magestad y alta grandeza.

Alma y vida le das , noble escultura,  
Al bronce y mármol : tu cincel divino  
Vivos tiene los héroes ya pasados:  
Por tí presentes son , y por tí dura  
Su ademan y su encanto peregrino,  
Si tal poder á tu sublime fuego  
Le concede el destino,  
Eterniza los inclitos varones ,  
Que de virtud y de constancia armados  
Dieron al orbe paz y álmo sosiego,  
Combatiendo los fieros escuadrones,  
Que del genio del mal acaudillados,

El mundo amedrentado estremecieron,  
Y en férreos eslabones le envolvieron.

Traslada al bronce vividor el brio  
Del esforzado heróico La-Carrera,  
Pintando el patriotismo en su semblante:  
Y en terrible ademan el ceño impío  
Desprecie altivo de la parca fiera,  
A Menacho infeliz, en mármol páro,  
Sobre el muro, que viera  
Su ilustre fin la hueste enardeciendo,  
Representa también. Y en arrogante  
Caballo, que aventaje á los que el claro  
Bétis produce, muéstranos venciendo,  
El de Alburquerque, con laurel triunfante,  
En simulacro tal, que cause afrenta  
Al que del grande Aurelio Roma ostenta.

¿Y quién logra alcanzar, quién logra acaso  
Mas la inmortalidad, ó arquitectura,  
Que tus robustos rasgos vividores?  
Tú de Saturno el presuroso paso  
Consigues contener: tú la espesura  
De los oscuros siglos deshaciendo

Te sostienes segura ;  
Y aunque del tiempo la güadaña impía  
Ejercite contigo sus rencores,  
Burlas altiva su furor tremendo ;  
Y ostentas tu grandeza y ufanía ,  
Con soberbios fragmentos , triunfadores  
Del cetro destructor de las edades ;  
Que imperios torça en mudas soledades.

Cual suele el uracán estrepitoso  
Borrar sañudo de la ardiente arena  
La huella humilde que estampó el ganado ,  
Tal el tiempo fugaz y silencioso  
Mil egregias naciones ha borrado  
De la faz de la tierra, En hondo olvido  
Su nombre ha sepultado ;  
Y tan solo supimos que existieron  
Por tus nobles vestigios , do encadena  
Su vuelo el duro tiempo , que vencido  
Nos dice á su pesar , „Estos pudieron  
Triunfar de mi furor,“ Y luego suena  
De tus restos la voz, que esclaman: “Hombres,  
Aquí yacen naciones de altos nombres.”

Desierta Arabia, ni aun memoria existe  
De su antigua grandeza y poderío,  
Y tus rastros nos dicen: „De Palmira  
Aquí la gloria fue.” Sañudo y triste  
Contempla la crueldad del hado impío  
El abundoso Nilo: vé que huyeron,  
Como en el seco estío  
La leve exalacion, fuertes ciudades,  
Y su poder, y su grandeza; y mira  
Que de los mismos siglos, que supieron  
Tornar su suelo en yermas soledades,  
Vanamente el furor audaz conspira  
De tus altas pirámides famosas  
Contra las graves masas portentosas.

¡Oh! Pues la eternidad te es concedida,  
Haz de España las glorias inmortales,  
Sublime, escelsa, noble arquitectura.  
Del regio Manzanares la florida  
Margen oprima, y copien sus cristales  
Alto obelisco que al Olimpo esceda.  
Y allí de los leales,  
Que los primeros libertad gritaron,  
Respete la quietud la edad futura.

Al hondo y torpe olvido ufana veda  
Que en los campos de gloria, dó triunfaron  
Del águila fatal, vil y perjura  
Los hijos del gran Bétis, tienda osado  
Su manto de tinieblas fabricado.

Como el rigór del resonante viento  
Burla con magestad la frente adusta  
Del nivoso pinífero Fonfria;  
Tal magnífico escelso monumento  
Burle del tiempo la güadaña injusta,  
Siendo eterno padron de las hazañas,  
Con que Cesaraugusta  
Llenó de asombro al Sena y al Garona.  
Y en tí, ó lucero de la patria mia,  
Que de Sagunto y de Numancia empañás  
El radiante esplendor: en tí, ó Gerona,  
Alce al cielo con pompa y ufanía  
Pirámide eternal la altiva cumbre,  
Que al mismo carro de Titán deslumbre.

Si; nobles artes, adornad el suelo  
Con sangre de valientes empapado.  
Digno es solo de vos. Venid gozosas,

Venid, vereis que hasta el sublime cielo  
Se alza el nombre español: ¡Nombre adorado!  
Inflamad los hispanos corazones,  
Y vuestro ardor sagrado  
Derramad por dó quier. Do quier se vean  
Vuestras soberbias obras portentosas:  
Premiad tan nobilísimas acciones:  
Por vuestro sacro influjo eternas sean;  
Gozaos entre los héroes amorosas;  
Y en brazos de la paz eternamente  
Brillad, cual brilla Febo en el oriente.

## VIII.

*Al conde de Noroña.*

Ó Conde, pues tu lira  
Unida al son de tu divino acento,  
Calma del mar la ira,  
Y el soplo agitador del rauda viento,  
Y pasma del tonante  
La enrojecida diestra fulminante;

¿ Por qué tu voz sagrada,  
 Que con divino ardor y alta grandeza  
 Entonó entusiasmada  
 „*La Discordia levanta su cabeza*”  
 Cuando te oyó Castilla,  
 Y retumbó la octava maravilla;

¿ Por qué el horrible estruendo  
 No canta de Mavorte, y su pujanza,  
 Y el silbido tremendo  
 De la robusta y tembladora lanza,  
 Y el son estrepitoso  
 De su carro sangriento y polvoroso?

Y cuál Belona fiera  
 Aguija la cuadriga resonante,  
 Y gime en la carrera,  
 Y suda y cruje el eje rechinante,  
 Hollando sus rodadas  
 Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento  
 La viva lumbre que tu pecho encierra,  
 Y suba al firmamento,

Y asombre y pasme la sangrienta tierra,  
Y tu acento resuene,  
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores  
La gloria ensalza del valiente ibero,  
Y mil y mil loores  
Al ronco son del atambor guerrero  
Canta á la noble saña,  
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado  
Llévalo por do quier, desde el oriente  
En púrpura bañado,  
Hasta do esconde el sol su clara frente,  
Y de uno al otro polo  
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto  
Las glorias de Sansueña y de Gerona  
Te ofrecen, con espanto  
De los que baña el Sena y el Garona;  
Que contra su arrogancia  
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera  
Y de Baylen los triunfos y victorias,  
Que allí la Galia fiera  
Vió marchitarse su laurel y glorias.  
Y di el denuedo y brio  
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado  
El numen que en tu pecho se derrama,  
Y el ardor desusado  
Con que tu heroica cítara se inflama,  
¡Cuál de la patria mía  
Las hazañas y triunfos cantaría!

Mas ¡ay! que intento en vano  
Cantar las iras del fogoso Marte,  
Que con sangrienta mano  
Vá tremolando el hórrido estandarte;  
Porque mi ebúrnea lira  
Encantos del amor solo suspira.

Aunque á la guerra dura  
Tengo mi edad florida dedicada,  
Y lleno de bravura

Tal vez empuño la tajante espada,  
Y con brazo membrudo  
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y revolviendo el freno  
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,  
De sangre y polvo lleno,  
Me ha visto el sol ardiente  
Hollar la muerte fiera  
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mio,  
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,  
Ni con el son impío  
De la trompa, que infunde horror y espanto;  
Que solo sus delicias  
Son de Vénus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza  
Sensible corazon, pecho amoroso,  
Y con dulce terneza  
De Citeréa el fuego delicioso  
Me prohíbe que cante  
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mía  
Solo sabe cantar tiernos amores,  
Y la pura alegría  
De los risueños campos y las flores,  
Y fiestas pastoriles,  
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,  
A quien Apolo la sagrada frente  
Entre laurel esconde,  
Canta los hechos de la hispana gente;  
Triunfará del olvido  
De tu pecho y tu cítara el sonido.

## IX.

*La borrásca, á Lauso.*

¡Ay cuál el turbio mar hierve espumoso,  
Y estas peñas altísimas quebranta,  
Y se entumece hinchado, y se levanta  
Compelido del ábrego silboso!  
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el uracán sañudo,  
Y las cóncavas grutas espantosas  
Retumban á lo léjos temerosas  
Al hórrido fragor del trueno rudo,  
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;  
Y el súbito relámpago encendido,  
Y el rayo por los aires desprendido  
Llenan de asombro y de pavor el suelo,  
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?...  
¿No ves del mar el sordo movimiento?  
¿No oyes gemir el animoso viento?  
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:  
Muda, muda de intento.

Vuelve, infelice, vuelve á la ribera...  
¿Qué intentas ¡ ay! sin esperanza alguna?  
¿ Cuándo á besar la planta de la luna  
Sube con ronco hervor la espuma fiera,  
Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas  
Cubiertas de vestigios de altas naves,  
De gruesos troncos, y de leños graves,  
De quebrantados mástiles y entenas,  
Y de robustos tráves.

Güarte, mí Lauso, güarte, que las olas  
Destrozarán tu leño miserable.  
Advierte que su furia inexorable  
No respeta de regias vanderolas  
El orgullo indomable.

## X.

*A Amira.*

**H**ondo mar espumoso,  
Que de la luna la argentada planta  
Á besar presuroso  
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,  
Combatiendo tus olas  
Las extendidas costas españolas:

No agites mas tu seno  
Al influjo del carro de Lucina,  
Cuando de plata lleno  
A tus instables límites se inclina,  
Ni obedezcas sañudo  
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy mas solo obedece  
A los ojos de Amira enardecidos,  
A ella sola le ofrece  
De tu seno los dones escogidos,  
Y segun quiera Amira  
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada  
Al punto hinchado y proceloso y fiero  
Forma espuma salada,  
Brama ferviente, rómpete altanero,  
Y estas peñas azota,  
Y con ellas airado te alborota.

Y por darle venganza  
Une tus ondas con el raudo viento,  
Sobre el pólo te lanza,

Apaga el sol, combate el firmamento,  
Y el orbe se estremezca,  
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos  
Están en calma dulce y placentera,  
Mira y contempla en ellos  
El alma ilustre, que su ardor modera,  
Y domado y sujeto  
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y clarò y cristalino  
Sirve de espejo de su rostro amable,  
Y su encanto divino  
Siente en tu seno turbio y alterable;  
Y al punto te esclarece,  
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso rüido  
Sube por esta orilla afortunada,  
Hasta llegar rendido  
A la planta de Amira delicada,  
Y presenta á sus ojos  
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena  
Al rojo despuntar del claro día  
Deja de conchas llena,  
De caracoles y de espuma fría,  
Y de menuda plata,  
Que mil veces la luz en sí retrata.

Sí, ronco mar undoso,  
Solo en tí tenga influjo y eficacia  
El semblante amoroso  
De Amira encantadora, cuya gracia  
Y beldad peregrina,  
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Neréo,  
Los marinos caballos agitando,  
El piélago eritréo  
En su carro de nácares sulcando,  
Al verte, ó bella Amira,  
Por quien tanto amador arde y suspira.

## XI.

*El tiempo.*

¡ Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso  
Las silenciosas alas estendiendo  
Huye á nunca volver! El brazo duro  
Sacude airado, el hierro poderoso  
De su segur terrible revolviendo,  
Y á su impulso tremendo  
En polvo se resuelve el fuerte muro,  
Tronos, imperios, y poder perecen,  
Astros desaparecen,  
Mares se tornan fértiles llanuras,  
Altos montes en piélago profundo,  
Y se transtorna cuanto encierra el mundo.

¡ Cuántas generaciones,  
Cual niebla leve, en nada se tornaron!  
Y en yermas soledades,

Y en pantanos y selvas espantosas  
Magníficas ciudades,  
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Perinclitas naciones  
Del misterioso Nilo habitadoras,  
¡Miseras!... ¡Cuán fugaces  
Vuestra grandeza, y vuestra gloria fueron!  
Como suelen los bravos aquilones  
Las nubes arrastrar, así las horas  
Os llevaron en pós, y en hondo olvido  
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.  
En vano en vos nacieron  
Las fuentes del saber. Cuál encendido  
Relámpago veloz desaparece  
Apenas en las nubes resplandece,  
Tal vuestra ilustración: así el sañudo  
Rigor del hado en sus eternas leyes  
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes  
Sabios, y poderosos, y temidos  
Que todo el orbe dominar quisieron?  
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo  
Su vano orgullo y su altivez rindieron:  
De oscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Dó están, en donde la opulenta Tyro,  
Y la ilustrada y la gloriosa Aténas,  
Y la altiva Micenas,  
Llanto de Troya?... ¿Dónde está de Epíro  
El colosal poder?... un dia fueron,  
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía  
Sobre las alas rápidas del viento  
Vuela á aquellas regiones dó algun dia  
Genio, y saber, y gloria colocaron  
Su triunfador asiento,  
Y al mundo refulgentes deslumbraron:  
Donde la rica cuna  
De dulce libertad rodó primero,  
Mecida por el coro de virtudes,  
Y alhagada tambien por la fortuna.  
¿Mas qué encuentra? ¡ó dolor! sombras y luto,  
Y al Eurotas hundido entre arenales,  
Que despechado al mar lleva el tributo:  
Al mar, que solitario ronço brama,  
Y entre desnudas roças se derrama,  
Y de amargas espumas hoy blanquea  
Desiertas playas donde fué el Piréo;

Y ni vé los laureles de Platéa,  
Ni vé de Salamina el gran trofeo,  
Ni escucha los acentos divinales  
De entusiasmo y de ardor... Silencio y muerte,  
Y esclavitud no mas halla asustada,  
Que asi le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios,  
Despues terror del quirinal imperio,  
Infelice Cartágo:  
Diéronte cuna horrores y prodigios,  
Pusiste al ancho mar en cautiverio,  
Y de entrambas Hespérias fuiste estrago;  
Y hora ni indicio vago  
De tí puede encontrar el peregrino,  
Y el ábrego ardoroso  
Arrebata en confuso remolino  
Sedienta arena en tu desnudo suelo.  
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?  
¿Dó tus huestes pavor del Aventino?  
¿Ni aun duran los hundidos alquitraves,  
Y tronçadas columnas, que las llamas  
Perdonaron tal vez, y referian  
Mudas su fin aciago y desastroso?



Sepultólas el suelo que oprimian.

No ostentes, Roma ufana,  
Tus famosas rüinas,  
Triste esqueleto de gigantes glorias.  
Si cuidosa examinas  
Tanta reliquia vana  
De gimnasios, y termas, arcos, templos,  
Verás son desengaños vividores,  
Verás que son ejemplos,  
Que el tiempo destructor ha perdonado  
Para ser escarmiento á los mortales.  
¿Mas dónde están ¡Tristísimas memorias!  
Los consules, tribunos, dictadores,  
Y altos emperadores,  
Que cercados de triunfos y victorias  
Incensos divinales alcanzaron,  
Y á sus pies la fortuna encadenaron?  
Sobre sus tumbas olvidadas crece  
El solitario cardo, entre las piedras  
Hendidas penden las bastardas yedras,  
Que con triste silbido el viento mece.  
Y en las horas nocturnas  
El cárabo afligido,

Que acaso anida en las volcadas urnas,  
Esparce por las sombras su alarido.

Asi existen los restos suntuosos,  
Que, ó Roma, guardas y aun aliya ostentas:  
Asi existen columnas y colosos.  
¿Pero por consolarte acaso cuentas  
Con que asi durarán con gloria tuya?  
¡Ay! verás pronto su total rüina,  
Serán desmoronados,  
Y en vil polvo tornados;  
Que de Saturno la cruel güadaña,  
Que todo lo confunde y estermina,  
Aun con vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán... ¿Dónde me lleva,  
Á dónde mi dolor?... ¿Por qué mi mente  
En amargos recuerdos hoy se ceba,  
Sin advertir el mal que está presente?  
¿Qué importa que pasáran  
Tantos imperios, tan escelsas glorias,  
Que fueron y no son?... Nosotros mismos  
Yaceremos en fin : en soledades  
Se tornarán tambien estas ciudades

Que hora son nuestro encanto;  
Se hundirán del no ser en los abismos,  
Ni quedarán memorias  
De que aqui descollaron. Los vergeles,  
Hora nuestra delicia,  
Se tornarán malezas y pantanos,  
Ó ronco mar, que roto entre bajíos,  
Hierva y brame, y asombre á los navíos.  
Museos que Minerva vé propicia,  
Alcázares que habitan los tiranos,  
Templos y torres, puentes y murallas,  
Caerán, caerán entre las fieras manos  
Del tiempo asolador. Cuanto hora existe  
Todo perecerá, cual perecieron  
Altas naciones que en el mundo fueron:  
¿Pues quién la fuerza de la edad resiste?

Como el raudo torrente  
Nace en la sierra y corre en la llanura,  
Y por mas que se oponga á su corriente  
Ora un profundo valle,  
Ora de antiguo bosque la espesura,  
Ora una alta colina ó fuerte muro,  
Abre espumoso á su carrera calle

Hasta llegar al mar; de aquesta suerte  
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

## XII.

*A la Adelfa.*

¿Qué flor, de cuantas pinta  
La primavera hermosa,  
Y en sus jardines placentera ofrece,  
Competir puede con la amable tinta,  
Que en tu sencillo cerco resplandece,  
Adelfa esplendorosa,  
Decoro y pompa del ardiente estío?  
Ostente en vano la risueña rosa  
Su juvenil matiz, cuando el rocío  
Plácido borda su lozana frente:  
El fragante clavel ostente en vano,  
Orgullosa y ufana,  
La viva llama que su tez colora:  
Tú vences á los dos, y tu hermosura  
Inspira la ternura,

Que á la rosa y clavel nególes Flora.  
Ellos brillan con plácida alegría,  
É inspiran sus olores  
Gozo y placer, y celestial reposo;  
Mas tú, divina reina de las flores,  
Que adornan el verano,  
Grata melancolía  
Das al que te contempla cuidadoso.  
Ellos con breve vuelo,  
Nacen apenas cuando ven su muerte,  
Y larga vida á tí te dió la suerte.  
Á tí te es dado hácia el sublime cielo  
Alzar tal vez lá frente coronada,  
Émulá de los álamos pomposos,  
Que lá dulce corriente sosegada  
Ciñen de Bétis: tus flexibles tallos  
Imitan y tus hojas  
Al lauro generoso:  
Y tú de Febo á los ardientes rayos  
No cedes, ni abrasada te acongojas,  
Como le aviené al vulgo de las flores;  
Antes cuando su llama  
Por los tostados campos se derrama  
Naces, y ostentas puros tus colores.

Si niegas á las auras manso aliento,  
Ni bañas en aroma delicioso  
Su espacio vagaroso,  
Eres gloria perpetua y ornamento  
Del suelo afortunado, que engalanas:  
Y ni á las nieves canas  
Del invierno rugoso y aterido,  
Ni del cierzo al bramido  
El verdor de tus ramas se marchita,  
Ni tu tronco despojas  
De lisos tallos, y de verdes hojas.

¡Ó bella flor, amable, delicada,  
Que suspendes mi mente y la enagenas,  
Cuando vagando incierto,  
Con alma atormentada  
Del grave peso de ásperas cadenas,  
Te encuentro solitaria en el desierto!  
¡Ó linda flor, que encantas  
Mi triste fantasía,  
Cuando me llevan débiles mis plantas,  
Al rojo despuntar del claro día,  
En busca de consuelo, á los jardines!  
¡Ay! al mirar ansioso

Las breves alas de tu cerco hermoso,  
Que amor, no amor risueño y fortunado,  
Sino amor desdichado  
Tiñe en lánguida púrpura apacible;  
¡Cuál palpita mi seno,  
De amargura, y afán, y penas lleno!

## XIII.

*A Olimpia.*

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría  
Mi pecho palpitó, desde que el fuego  
De tus divinos ojos y semblante  
Hirió con su esplendor el alma mía!  
Y yo infeliz, y deslumbrado, y ciego,  
No alcanzaba á saber lo que sentia:  
Y de tí lejos, tímido y errante,  
Sin notarlo, en tu amor mísero ardía.  
Tal vez en las entrañas de la tierra  
Así se oculta y ceba, y arde, y crece

La llama asoladora,  
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,  
Ardiente y tronadora  
En volcan horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mio  
Del escondido amor arrebatada,  
Del Bétis olivoso  
Las márgenes amenas,  
De sacros bosques y vergeles llenas,  
Pisé confuso, y sin hallar reposo.  
Del apacible rio  
Las transparentes ondas sosegadas,  
Sus frescas alamedas silenciosas,  
Del vagaroso céfiro agitadas  
Al rojo amanecer, las lindas flores  
Risueñas, olorosas,  
Que en ellas blandamente se mecian,  
Su fragancia ostentando y sus colores,  
Nada á mi mente, nada la decian:  
Á mis ojos Natura muerta estaba,  
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hácia las arenas

De gloria y triunfos, y escarmiento llenas,  
Que azota el mar undoso gaditano,  
Mis plantas me arrastraban nuevamente,  
Pensando hallar del alma -  
La paz perdida, y la tranquila calma  
A vista del magnífico Oceano.  
El giro de los mares de Occidente  
En vano el pensamiento me ocupaba;  
En vano procuraba  
Exaltar mi agitada fantasía  
El espacio sublime de las ondas;  
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,  
Al cierzo bramador se entumecía,  
Y alzando al cielo las arenas hondas,  
Los ásperos escollos combatia:  
Ya cuando adormecido  
El cielo de zafir puro y sereno  
Reberveraba plácido en su seno:  
Mas nunca mis pesares  
Conseguiste aquietar, Dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba  
Del regio Manzanares á la orilla,  
Y necio imaginaba

Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla  
La gran ciudad, señora  
De dos mundos, calmára con su encanto  
Mi mortífera pena roedora.  
Mas ¡ay! en los magníficos salones  
De oro y púrpura bárbara adornados,  
Só las soberbias cimbrias y artesones  
De refulgentes tintas esmaltados,  
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,  
El frío tédio y el pesar infando  
Mi corazón estaban devorando.

¿Y qué, dije: será que las estrellas  
Vieron con ceño el infelice día,  
Que empecé á respirar?... ¿Será, ó destino,  
Que siempre el hombre en mísera ágonía  
Arrastre su existir?... Si ésta es la suerte,  
Que guardan los arcanos  
A la raza infeliz de los humanos;  
Ven sin tardanza, ven, ó dulce muerte,  
Siega piadosa la gargantá mia,  
Descanse al menos en la tumbá fria.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,

Bella como la luna refulgente,  
Que en apacible y grata primavera,  
Cándida ostenta la argentada frente,  
Y lánguida y luciente  
Desde su carro azul derrama brillo,  
Al través de las nubes plateadas,  
Del blando zefirillo  
Con vagarosas plumas agitadas.  
Te ví, y me estremecí: torné á mirarte,  
Y el denso velo, que mi amor cubriera  
Rasgóse de repente, y descubierto  
Miré mi corazon, y en él patente  
La oculta causa de mi angustia fiera.  
Y rebentando el escondido fuego,  
Tronó como un volcan, tu amor buscando,  
Y tu amor y tu amor solo anhelando.

Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto  
No sé lo que sentí... Vuelvo, y turbado,  
De horrible duda y timidez cercado,  
Pero en alas de amor, á tí me allego,  
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,  
Y mi dicha te pido,  
Abrasado en tu amor y confundido.

Y ¡Oh delicioso instante,  
De ventura y placeres el primero!  
Tu divino semblante  
Vi de rubor purpúreo enrojecido,  
Latir tu seno cándido y turgente,  
Tu labio balbucir, tu altiva frente,  
Émula acaso del mayor lucero,  
Blandamente inclinarse, y un suspiro  
De tu boca de rosa  
Escuché, fui feliz, y al punto huyeron  
Oculto tédio y pena silenciosa,  
Y tristeza y afán. Los que ya fueron  
Objetos mudos á mi triste mente,  
Me hablan al corazón. Fragantes flores,  
Verdes arbustos, árboles sombríos,  
Claros arroyos, cristalina fuente,  
Süaves amorosos ruiseñores,  
Noche pura, serena, sossegada,  
Ronco hervoroso mar, sonoros rios,  
Aurora de azucenas coronada,  
Eterno luminar padre del dia,  
Amenas soledades,  
Opulentas magnificas ciudades,  
Ya herís mi fantasía,

Y os contemplo y admiro,  
Que por dó quier amor y amores miro.

¡Oh cuántas sensaciones deliciosas  
Alberga el corazón, correspondido  
Del dulce bien, que le eligió natura!  
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,  
Que es de un sincero amor dichoso nido!  
¡Cuán venturoso yo!... ¿Mas qué tremenda  
Imágen espantosa  
Me asalta el pensamiento?... ¡Olimpia mía,  
La vida es tan fugaz, tan presurosa!  
Jamás ansié la eternidad, y lento  
Juzgaba el vuelo de los años mudo.  
Mas ¡ah! desde que aliento  
El aura del placer y la alegría  
Siempre á tu dulce lado,  
Desde que tú me hiciste afortunado,  
¡Cuán rauda, cuán ligera  
Encuentro de las horas la carrera!  
Si, miro con pavor que el tiempo crudo,  
Que todo lo sepulta inexorable  
En el no ser oscuro y espantable,  
Airado nos acecha;

Cual fiero cazador con dura flecha  
A las tiernas amantes tortolillas,  
Que en la florida rama  
Se acarician sencillas,  
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores,  
Que en nuestro rededor brotan ahora;  
Desmayadas, marchitos sus colores,  
Al fin caerán. La planta voladora  
De la edad hollará nuestros amores,  
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte...  
¡Ay! llegará el momento de perderte!

## XIV.

*A las Siemprevivas.*

Salve, divinas flores,  
Que orlais la mas gallarda y linda frente  
Que el sol mira en su curso dilatado:  
Salve, y gratas oid vuestros loores,

Que hoy esparce mi lira al puro ambiente.  
Asi jamas airado  
Con vosotras el dueño idolatrado,  
Que os escogió para su adorno bello,  
Os separe del nitido cabello  
Dó brillais gloriosas  
Con pompa vuestra y con envidia mia,  
Perpétuas venturosas,  
Encanto de mi ardiente fantasía.

¿Y qué dichoso amante  
Os puede ver sin anhelar , ó flores,  
Que á vustra duracion sea semejante  
La de sus placidísimos amores?  
Si , hermosas Siemprevivas,  
No sujeras del tiempo á los rigores,  
Ni al vuelo de las horas fugitivas,

Apacibles , serenas,  
Ostentais la beldad , que os dió natura,  
A la par de la rosa fresca y pura,  
De lirios y fragantes azucenas,  
Y del clavel ardiente,  
Émulo de la llama refulgente,

Y de las otras flores variadas,  
Que esmaltan los vergeles y enramadas.  
Y tal vez todas con desden os miran,  
Porque os negára Flora  
El brillo, y los balsámicos olores  
De sus graciosas alas,  
Y las risueñas galas,  
Que pomposas ostentan y colores.

Mas ¡ay, qué necio orgullo y ufanía!  
Comparen su beldad fugaz y leve  
Con vuestra eternidad. Un breve dia  
Vé nacer y morir á las mas de ellas.  
Y las que acaso, porque no tan bellas  
Ni encantadoras son, tienen del cielo  
Vida mas larga y perezoso vuelo,  
Ó del cierzo helador al silbo horrendo,  
Ú al granizo tremendo,  
Y á las nieves esquivas,  
Y á la aspereza de diciembre frio,  
Ú á los áridos soplos del estío,  
Mueren al fin. ¿Y cuál, ó Siemprevivas,  
Por mas amada que de Flora sea,  
Y mas encanto y resplandor posea,

Conserva su matiz puro y lozano,  
Si de su débil tallo el rudo viento  
La separa violento,  
¿ alguna dura y despiadada mano?  
Solo en vosotras tal poder se encierra  
Ó predilectas hijas de la tierra.

Naceis y no morís... ¡ Ah! ¿ Mi ventura  
Será eterna cual vos?... Vosotras solo  
Naceis y no morís. Por esto acaso,  
Por esto, sí, mi Olimpia idolatrada,  
Para adornar su fulgida hermosura,  
Que oscurece la luz del mismo Apolo,  
Os prefirió advertida,  
Y os concedió su frente delicada  
En guirnalda lucida  
Placenteras ceñir: y os dió á su seno  
De viva lumbre y de ternura lleno,  
Donde os miro dichosas,  
Envidiables, latir y arder. Decidme,  
Decidme: ¿ Mi ventura  
Es tal, que sois emblema glorioso,  
Emblema, que mis dichas asegura,  
De la constancia de su pecho hermoso?

En él vive mi amor, ... ¿Cuál vos eterno,  
Jamás se apagará?... Divinas flores,  
Flores encantadoras,  
¡Ay! servidle de ejemplo á todas horas,  
Y no marchite el tiempo los amores,  
Que son mi único afán y mi alegría,  
Que hacen felice la existencia mia,

## XV.

*A Olimpia.*

Dulce señora mia,  
Mas lozana y gentil, y mas hermosa,  
Que al despuntar el dia,  
Se muestra por abril purpúrea rosa:  
¡Cuán venturoso vivo  
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio  
Mas que la libertad! De él no saliera

Si el soberano imperio  
Del anchuroso mundo me valiera,  
Que es triunfo glorioso  
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,  
A quien se humilla el apartado oriente,  
Y perlas el mar cano  
Tributa, y Tibar oro refulgente  
Su alta soberanía  
Gozoso por mi suerte trocaria.

Porque ¿quién, ó señora,  
Puede anhelar mas gloria, que humillado  
Mirar la encantadora  
Beldad vuestra, rindiendo encadenado  
El alma y alvedrio  
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde  
La magestad y gracia del semblante,  
Y el fuego irresistible  
De los modestos ojos, y el crispante  
Y nítido cabello,

Que orna la frente y el gallardo cuello?

Y ese pecho divino,  
Que vence en candidez al alba pura,  
Y el talle peregrino,  
Y el soberano todo y compostura,  
Y la mano de nieve,  
Y el brazo de alabastro, y el pie breve?

¿Y qué dicha mas alta  
Que escuchar embebido vuestro acento,  
Dó esplendente resalta  
El noble y generoso entendimiento,  
Que os dió naturaleza,  
La discrecion uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,  
Todos á vuestro yugo, ó mi señora,  
Ufano presentára;  
Pues desde á vuestra planta encantadora  
Me rendí por cautivo,  
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

## XVI.

*Lamento nocturno.*

Noche serena y pura,  
Y vosotras, ó estrellas,  
Que brilláis en el cielo vagaroso,  
Desde la inmensa altura  
Trémulas luces bellas  
Al suelo dando, y plácido reposo:  
Si el llanto congojoso  
De amantes desdichados  
Escuchais compásivas,  
Atended ¡ay! las vivas  
Penas que me devoran, y cuidados:  
Vereis ¡oh cruda suerte!  
Que amo, y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú luna argentada,  
Que blanca resplandeces,

Húmeda , y silenciosa , y sola , y fria  
En tu rueda elevada ,  
Y la nieve esclareces  
De las cercanas cumbres de Fonfría ;  
Tú que á la diosa mia  
Lánguida te asemejas ,  
Y tú , que amada fuiste ,  
Y que tambien vertiste  
Llanto de amor en angustiadas quejas ;  
Oye , que el manso viento  
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay que en el pecho mio  
La más vèhemente llama  
Arde , que ardió jamas en pecho humano :  
La que en su poderío  
Con mas rigor inflama  
La ardiente flecha del amor tirano !  
Y el dueño soberano  
Por quien me abraso y muero ,  
No esquivo y desdeñoso ,  
Sino blando , amoroso ,  
Cual yo , siente el ardor del niño fiero ,  
Y ambos nos abrasamos ,

Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía  
De los hõmbres crueles  
Frustra las miras del benigno cielo,  
Y en mísera agonía  
Pone dos almas fieles,  
Que en amarse cifraban su desvelo,  
Y en llanto y desconsuelo  
Las hunde airada y fiera,  
Y bárbara se aplace  
Al mirar cual deshace  
Los lazos que natura entretegiã,  
Siempre contradiciendo  
Sus sábias miras, con rigor tremendo.

Y hora que acerbo llanto  
Mi faz pálida moja,  
Entre las sombras del callado sueño;  
Tal vez máyor quebranto  
A mi bien acongoja,  
En los ásperos brazos de otro dueño,  
Que con cansado empeño,  
;Imagen espantosa!

Roba caricias frias,  
Caricias, que son mias,  
Y que ella para mí guarda ambiciosa:  
Y.... ¡desdichada suerte!  
Ven, siega mi garganta, ó dulce Muerte.

¿Y puede algun contento  
Gozar el pecho mio?...  
Juzgado vos, del cielo lumbres claras,  
Que escuchais mi lamento,  
En vuestro cerco frio,  
Compadecidas de mis penas raras.  
Amor, si incienso y áras  
Te elevan los humanos,  
Y cual dios los admites,  
¿Porque, dime, permites  
Que manden en tu fuego los tiranos,  
Robándote caricias  
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,  
Que en vuestro pobre nido  
Hallais á vuestro gusto compañía,  
Y tiernas, y amorosas

Sueño no interrumpido  
Gozais tranquilas, hasta el nuevo día;  
Sin que la fuerza impía  
A entregar os obligue,  
Con bárbaros rigores,  
Vuestros dulces amores,  
A quien no os interesa, y os persigue:  
Vosotras, de mi pena  
Juzgad, y del dolor que me enagena.

Ó yedras fortunadas,  
En el bosque sombroso  
Libres naccis, y libres os es dado  
Buscar enamoradas,  
El árbol generoso,  
Que ha de verse con vos engalanado:  
Y el tronco bien hadado  
Abrazais cariñosas,  
Sin que el poder sañudo  
Os obligue á otro nudo,  
Y así creceis lozanas y pomposas,  
Siendo en las soledades  
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el oriente  
La soñolienta Aurora  
Esmalta, con sus puros rayos de oro,  
Y de púrpura ardiente  
Los celages colora,  
Y aun inunda mi faz amargo lloro.  
Ya huye el alto coro  
De lustrósas estrellas,  
Que oyeron mi agonía:  
Pero aunque venga el día,  
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?  
¡Ay! jamas mi quebranto  
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

## XVII.

*A la cabaña de Antimio.*

¡O infalible placer!... hija del cielo!  
Dulce y santa amistad, de los mortales  
Encantador consuelo:

¿Aun tienes un asilo acá en la tierra,  
Donde vives oculta y refugiada,  
En tanto que del orbe te destierra  
La bárbara maldad?... Si, yo dichoso  
Te hallé, y gocé el hermoso  
Resplandor de tus alas celestiales,  
Y te vi venerada  
Por sencillas pastoras y zagales.

Cual suele en noche oscura y tormentosa  
La confusion hollando del desierto  
Descaminado y triste peregrino  
Buscar con planta trémula y medrosa  
La senda que perdió, falto de tino;  
Que ora queda enselvado  
Entre árboles desnudos,  
Que los ojos espantan,  
Ora rendido en la sedienta arena,  
Ora enredado entre peñascos rudos  
Donde rugientes aguas se quebrantan;  
Y ahogado de congoja, espanto y pena,  
Da voces y alaridos  
Que en las sombras perdidos,  
Solo repite el eco  
Desde algun yermo risco, ó tronco hueco ;

Así vagaba por el mundo impío  
Buscando paz, virtudes y reposo,  
Y el dulce amparo de amistad sagrada,  
Para en su seno amable y delicioso  
La suerte lamentar de los mortales,  
Y de la infortunada  
Tierra los vicios y espantosos males.

¡Ay, lo buscaba, y lo buscaba en vano,  
Para á su sombra plácida y segura  
De los hombres llorar la desventura!  
¿Mas cómo hallarlo entre el furor insano  
De las viles pasiones encontradas,  
De la discordia atroz en los furores,  
Entre el estruendo de la infausta guerra,  
Entre siervos humildes, y opresores;  
Que solo pueblan la infelice tierra?  
Las almas degradadas  
No albergan amistad, y las que gimen  
En hórridas cadenas,  
De despecho y rencor, y sustos llenas,  
Desconfianza atroz solo respiran:  
Los déspotas que oprimen  
Al mundo, siempre enarbolado miran

El vengador puñal sobre su seno,  
 Y el dogal, y el cuchillo, y el veneno  
 Feroces aperciben  
 Para romper los vínculos sagrados  
 Con que están los mortales enlazados;  
 Que por su desunion tan solo viven,

¡Ó siglo desastroso!

Un tiempo, que voló mas presuroso  
 Que en el sediento estío  
 Debil exalacion, imaginaba  
 Que el orbe á ser feliz se preparaba.  
 Los hombres en ser hombres consintieron,  
 Las alumbradas frentes sacudieron,...  
 Mas ¡Ah! ¡recuerdo triste!...  
 Todo pasó como celage leve  
 Si el rudo soplo de Aquilón le enviste.

El tardo Manzanares

Ha recogido mi copioso llanto:  
 El Bétis sacrosanto  
 Ha escuchado mil veces mis pesares:  
 Los espantosos mares  
 Al ronco son de sus bramantes ondas

Han unido piadosos mis lamentos,  
Que también raudos los hinchados vientos  
En sus rápidas alas los llevaron,  
Y nunca ¡ó Dios! mis penas se templaron.

Buscando algun consuelo  
Voló mi atormentada fantasía  
De este mezquino suelo  
Á las regiones donde nace el día;  
Y allí opresion halló, y engaño, y dolo.  
Torné la mente al elevado polo,  
Señor eterno de herizado hielo,  
Y esclavos encontró tan solamente.  
Tornéla al sur, y yermos arenales  
Dó nace el Nilo oculto y misterioso,  
Á los que del Atlante ven la frente,  
Y á las peñas que azota el mar profundo  
Hinchado, y tormentoso  
Con ronco hervir hórrisono y rugiente,  
Meridionales terminos del mundo;  
É ignorancia y horrores encontrando,  
Los ojos apartando  
Los volví presuroso  
Al inmenso cimbórazo, que eleva

En medio al Ecuador la escelsa cima,  
Que á los cielos se eleva,  
Que entre tonantes nubes se sublima;  
Y ví desolacion , discordia y fuego,  
Y al no hallar paz , virtudes , ni sosiego  
En cuanto alumbra el luminar del dia,  
En los confines de la tierra fria  
Gemí y temblé sus zonas detestando,  
Y de pavor temblando,  
Rogaba al viento rápido rugiente  
Que me arrancára en raudos torbellinos  
De este suelo mezquino,  
Llévandome en sus alas,  
Hendiendo el ancho espacio vagaroso,  
Á buscar en la luna refulgente  
Entre séres incógnitos reposo.

Cuando mi acervo llanto  
El cielo bienhechor vió compasivo,  
Y al tiempo que su acento  
Daba mi lira al viento,  
Con tan triste sonar que conmoviera  
Del pátrio Bétis la feraz ribera,  
Bajó un rayo de luz , que hirió mi frente,

Bañándola en consuelo.

Y sentí de repente

Un impulso interior, que hacía tu suelo,

Delicioso Genil, me arrebatava:

Y Favonio, que blando revolaba

Entre risueñas flores,

Y en sus pintadas hojas se mecía,

Imaginé que afable me decía:

“Vuela á su margen, hallarás en ella

Inocentes pastores

Que la virtud y la amistad cultivan.

Si los hados te privan

Por el mundo estendido

De gozar su dulzor, corre á su seno

Dó nunca entró el mortífero veneno,

Que á los mortales tan funesto ha sido.”

Yo entonces confortado,

Como piloto que en la noche oscura

Del viento contrastado,

Cuando en mayor peligro se figura,

El mismo mar incierto

Dentro le arrója de su pátrio puerto,

Quedé en dulce consuelo enagenado.

Corro precipitado  
A este suelo felice y venturoso,  
Y tu cabaña ví... ¡ dulce cabaña!  
¡ Ó docto Antimio! ó Mayoral dichoso!  
¡ Ó sacrosanto templo  
De virtud y amistad, dó refugiadas  
Viven, despues que con horror lanzadas  
Fueron del resto atroz de los mortales!...  
Zagalas y zagales,  
Pastoras y pastores,  
Que puros, inocentes  
De matizadas flores  
Orlais gallardos las sencillas frentes:  
Acojedme piadosos,  
Y mi llanto enjugad. Mi fantasía  
No mire mas los males horrorosos,  
Que el mundo inundan, que á la patria mia  
Destrozan con furor: cobre mi alma  
En vuestro seno su apacible calma.

## XVIII.

*A Olimpia.*

¡Ay! que en mi labio demudado y frío  
El delicioso canto  
Se torna sollozar, el crudo llanto  
Inunda el pecho mio,  
Y con trémula mano  
Del arpa de marfil recorro en vano  
Las dulces cuerdas de oro,  
Que mudas no responden, —  
Y sus ecos esconden,  
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.  
¡Y qué amable armonía,  
Tu bálsamo süave asi me niegas?  
¡Oh! ven á consolar el alma mia.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas  
De Tajo delicioso

Me prodigabas tu sonoro encanto:  
Cuando á la par de mi tirano hermoso  
Los vergeles y selvas recorria,  
Al despertar la rozagante Aurora,  
Al vivo ardor del luminar del dia,  
Al estender su tachonado manto  
La noche sosegada,  
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay áspera fortuna,  
Y cuán fugaces fueron  
Las horas de placer!... Ellas volaron  
Con ala rapidísima, y huyeron,  
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.  
¿Y ya no son los plácidos instantes  
De una ventura, que eternal creia?...  
¿Los momentos pasaron  
En que inundado de dulzor mi seno,  
Del labio ardiente de mi bien bebia  
Amor, delicias, y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!...  
Antes la muerte su güadaña vibre  
Sobre mi cuello, y el amparo sea

Que de tormento tan atroz me libre.  
No son, no tornarán: harto lo afirman  
Tu aspereza y desden, ó bella ingrata.  
Ya no palpita tu divino pecho  
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama  
No arden tus bellos ojos al mirarme  
Temblando de congoja y de despecho.  
El tédio por tus venas se derrama,  
Y se pinta en tu ceño desdeñoso  
Cuando escuchas mi acento lastimoso,  
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,  
Y huyes de mi gemido,  
Cuál de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afán!... ¡Cielos! ¿Acaso  
Mi constante pasión, mi fé sincera  
Merecen premio tal?... inadvertido  
La vi, la amé, y el alma, el alma entera  
Le di, y el corazón.... ¡Ó cuán dichoso  
Al ser suyo me hallé!... ¡Cuando anhelante  
Su pecho palpitante  
Felicidad sin fin brindando al mío,  
Á sus blandas caricias  
Un mar desconocido de delicias

Presentóse á mi ciego desvarío!...  
 En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso  
 Vi arder sus ojos de esplendor vehemente,  
 El amoroso afan orlar su frente,  
 Y escuché de su labio purpurino:  
*¿Quién ama como yo? Jamas mi seno  
 Sintió cual siente de ventura llenò:  
 Tú eres el bien que me formó el destino.*  
 Tales palabras mágicas brotaron  
 De la boca de Olimpia, y en mi pecho  
 Ciego delirio y perdicion sembraron.

Ciego delirio y perdicion. ¡Ay triste!...  
 ¿Su ardor y sus palabras que se han hecho?  
 ¿Qué se han hecho?... ¿Lo dudo?... Nunca: existe,  
 Y ellas viven tambien. Su labio hermoso  
 Jamas vertió el aroma ponzoñoso  
 De vil simulacion. Fiel me asegura  
 Que premia mi pasion sublime y pura,  
 Que me amará sin fin, y que algun dia...  
 ¡Ó ilusion que embriaga el alma mia!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,  
 Si mi felicidad solo es su anhelo,

Que turba, ó Dios, su faz encantadora?  
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?  
Tal vez le mueven mis amargas penas,  
Tal vez enjuga mi abundante lloro,  
Me prodiga caricias,  
Renueva mis delicias,  
Fé constante me jura,  
De su amor me asegura,  
Soy dichoso un instante,  
En guirnaldas se tornan mis cadenas,  
Y á su amor me abandono palpitante;  
Cuando de pronto miro  
Morir el fuego que en sus ojos brilla,  
Marchitarse la rosa en su mejilla,  
Velar su frente el tédio, y un suspiro  
En sus labios ¡ay! suena,  
Y por mas que advertida la refrena,  
Alguna acerba lágrima aparece  
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah que cruel tormento!...  
¿Mas adónde me arrastra mi delirio,  
Que en bárbaro martirio  
Deslizarse las lentas horas siento?...

¡Ay!... ¡Olimpia!... Perdona mis querellas,  
Y no te ofenda mi pasión con ellas.

## XIX.

*Brevidad de la vida.*

**D**e flores odorantes coronada,  
De Zéfiro en las alas vagarosas  
Viene la rozagante Primavera  
De la gallarda Flora acompañada.  
Matizase risueña la pradera,  
Brotan amarantos, lirios y claveles,  
Abre su seno cándido la rosa,  
Se engalanan florestas y verjeles,  
Los árboles pomposos se coronan  
De frescas hojas y canoras aves  
Que dulces himnos á la luz entonan,  
Llenando el aura de sus trinos suaves.

En pos el seco Estío

Marchitando los campos aparece,  
Y el don de Céres ardoroso tuesta,  
Retarda el paso el impetuoso rio,  
Y amarillea en torno la floresta.  
La selva mas repuesta  
Busca el ganado con sediento anhelo,  
Que el padre de la luz el viento inflama,  
Marchita flor y rama,  
Y lanza sus ardores contra el suelo.

Viene luego gozoso  
El Otoño ostentando sus racimos:  
El huerto delicioso  
Rinde frutos opímos  
Á Priapo y Pomona,  
De pámpanos hermosos se corona  
La Bécante gallarda, corre, y canta,  
El tirso revolviendo,  
Los cabellos al airé desparciendo,  
Y el prado huella con lasciva planta.

Mas ¡ay! en pos sañudo  
Con faz marchita, y con rugosa frente  
Llega el invierno crudo

En los brazos del ábrego rugiente,  
Que de sus pardas alas  
Granizo aterrador sacude al suelo.  
El prado abruma de herizado hielo,  
El monte oculta entre tronantes nubes  
La cumbre helada que luciente brilla.  
Desnudo de su pompa el bosque umbroso  
Se encorva al peso de la intensa nieve,  
Y el Bétis orgulloso  
Rompe altanero por su corva orilla  
Igual casi á Neptuno proceloso,  
Y soberbio se atreve  
Á las nobles almenas de Sevilla,  
Y ganados, y chozas, y pastores,  
Y antiguos puentes, y robustos pinos,  
Barcas y pescadores  
Arrastra horrendo en raudos remolinos.

¿Qué se hicieron las flores odorantes  
De la lozana hermosa Primavera?  
¿Qué las espigas del fecundo Estío?  
¿Qué de Otoño las frutas abundantes?  
¿Es ésta ¡ó Dios! es ésta la pradera  
Que tan risueña estuvo? ¿Es éste el río,

Que afable vi jugar en sus orillas,  
Con güaldas y moradas florecillas?

Si, Dalmiro, estos son: así girando  
Los días sin cesar lo mudan todo,  
Y van las estaciones alternando.  
¿Pero que importa que en vejez la tierra  
Llore su brillo y su verdor deshecho  
Por las lluvias, y hielos, y uracanes,  
Que con tanto rigor le mueven guerra?  
Pronto se amansarán, y satisfecho  
De su furia el invierno  
Renacerá la hermosa Primavera,  
Y tornarán los deliciosos días,  
Y brillará apacible el claro cielo,  
Y cobrará su juventud primera  
Regocijado el suelo:  
Que eternas nunca son las nieves frías.

No así las estaciones presurosas  
De la vida infeliz de los humanos,  
Por mas que los alhague la fortuna,  
Se renuevan también. ¡Ay! prestas huyen  
Para nunca tornar! Las deliciosas

Risas , y dulces juegos de la cuna  
Vuelan fugaces sin volver : las gracias  
De la primera edad desaparecen ;  
El entusiasmo , el fuego que engrandecen  
La juventud lozana ,  
Se disipan cual sombra á la mañana ,  
Y nunca tornan á brillar. ¡Ay! nunca  
Las dulces ilusiones,  
Que encantan los sensibles corazones,  
Y un mar inmenso de delicia ofrecen,  
¡Cielos! tambien perecen  
De la vejez al ceño rigoroso,  
Que con brazo de hielo,  
Los encantos que hicieron delicioso  
Á nuestra vista el existir , deshace:  
Y rasga el grato velo,  
Y horrenda se complace  
En mostrarnos de espinas herizado  
El mundo , y de maldades habitado.

¡Y es tan corto el espacio , ó cruda suerte,  
Que media entre las risas placenteras  
De la cuna inocente , y los horrores  
De la torva vejez! Dalmiro , advierte

Cuál las horas deslízanse ligeras,  
Llevando en pos de nuestra edad las flores.  
Apenas ¡ay! la primavera hermosa  
De alegre juventud gozar me es dado,  
Y ya de mí se aleja presurosa...  
Detente por piedad... ¡Ah!... no me atiende  
Y huye, y lejos de mí su vuelo tiende,  
Y se apresuran á correr los días,  
Y van con ellos las delicias mías.

## XX.

*A Olimpia.*

**A**rde el fogoso oriente  
En púrpura bañado  
Con la encendida luz del nuevo día,  
Y la Aurora esplendente  
Sale del mar sagrado  
Ostentando su encanto y gallardía;  
La crencha de ambrosía.

Celestial empapada  
Desparce al viento vago,  
Vuela al risueño alhago  
De Favonio su veste engalanada:  
Y te mira envidiosa,  
Que eres tú mas lozana y mas hermosa.

En tu frente serena  
Nace y cándida brilla  
La dulce y pura luz de la mañana:  
La nieve y la azucena  
Esmaltan tu mejilla,  
Templando el fuego de la tibia grana.  
Tu boca soberana  
Vence á la blanda rosa,  
Que abre el preciado seno  
De frescas perlas lleno  
Y süave fragancia deliciosa:  
Y si Febo aparece  
La lumbré de tu ojos lo oscurece.

Y la celeste llama,  
Por cuyo robo gime  
El aherrojado Prometéo, ¿ dónde

Mas luciente se inflama  
Que en esa alma sublime  
Tanto que á tu belleza corresponde?  
¿Qué á tu ingenio se esconde  
Del piélago profundo  
Del gran saber humano?  
Regir tu hermosa mano  
Debiera el cetro del estenso mundo,  
Encantador portento  
De gracia y de beldad, y entendimiento.

¡Oh si grato el destino  
Pulsar me concediera  
De Terpándro la cítara sonora,  
Y aquel estro divino  
En mi pecho encendiera,  
Que aventaja á la lumbre de la aurora!  
Mi voz encantadora  
El orbe llenaria  
Tal vez sobrepujando  
A la que resonando  
En los labios de Píndaro algun día  
De Grecia en las ciudades,  
Aun dura combatiendo á las edades.

Entonces, solo entonces  
De entonar me juzgara  
Digno tu nombre, que rendido adoro.  
Y eterno cual los bronces  
Mi acento resonara,  
Cantando de tus gracias el tesoro,  
Y el sacrosanto coro  
De la Eliconia cumbre  
Se humillara a mi canto,  
Y se escuchara en cuanto  
Regocija del sol la viva lumbre:  
Y desde los triones  
Al sur se difundieran mis canciones.

Mas ¡ah! que al contemplarte  
Engrandecerme siento,  
Y el fuego que en mi pecho amor enciende  
Me anima ya a nombrarte,  
Y a tu nombre mi acento  
Por el espacio fulgido se estiende,  
Ya a mis ojos no ofende  
Del sol la lumbre pura,  
Y los vientos me llevan  
Entre celages a la inmensa altura,

Do mi lira brillando  
De Iperión la luz está ofuscando.

Y á tu encanto divino  
Giro el espacio leve  
Esparciendo tu gloria al ancho mundo,  
El enhiesto Apenino,  
Señor de eterna nieve,  
Resuena ya á mi voz; el mar profundo  
Tu nombre sin segundo  
Hervoroso repite,  
Eridano sonando,  
Y tu beldad cantando,  
Deslizaráse al seno de Anfítrite:  
Y el Tiber tus loores  
Escuchará envidiando mis amores.

Y pues tu nombre solo  
Tan alto me sublima,  
Ilustre y hermosísima señora,  
Que el rutilante Apolo  
En la parnásea cima  
Zeloso escucha ya mi voz sonora;  
Pues de la destructora



Segur del tiempo airado

Por tí libre se mira

Mi humilde y ruda lira,

Ceñida en torno de laurel sagrado;

Solo se escuche en ella

Tu nombre y mi pasion , Olimpia bella.

## EGLOGA.

---

POETA.

LAURISO.

MIRTILO.

---

POETA.

Si el ronco acento de la lira mia  
Consiguió venturoso interesarte,  
Olimpia bella como el claro dia,  
Tu amor cantando y el furor de Marte;  
Estos humildes versos , que Talía  
Me dictó acaso , logren agradarte:  
Y escucha al son de la campestre avena  
De mis zagales la cancion serena.

Una cansada y perezosa siesta  
 Cuando el ardor del encendido Febo  
 Las fuentes disminuye, el campo tuesta,  
 Y no consiente á los ganados cebo;  
 Á buscar el ambiente en la floresta  
 Lauriso gallardísimo mancebo  
 Orillas de un arroyo sosegado  
 Encaminó su retozon ganado.

Tal vez allí gozando la frescura  
 El gracioso Mirtilo se encontrara,  
 Ambos jóvenes eran, y en dulzura  
 Para el canto ni Pán les igualara.  
 Al pie de un olmo cuya verde altura  
 Les daba grata sombra, y de la clara  
 Corriente al resonar, así cantaron,  
 Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

## LAURISO.

No solo allá en las c6rtes y ciudades  
 Egerce el crudo amor sus tiranías,  
 Ni el insano rigor de sus crueldades  
 Ostenta en las florestas y alquerías;  
 En los pechos tambien de las deidades,  
 Y entre las ondas de las aguas frias  
 Del duro amor el insaciable fuego  
 Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,  
Que Flora esmalta con matiz divino,  
Para unirse á Neptuno proceloso  
El ancho Bétis tuerce su camino.  
Y á registrar su estado poderoso  
Sacó la faz del seno cristalino  
Una tarde tal vez , y acaso viera  
Á la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Numen ama,  
Que le abrasaron con su dulce fuego,  
Y ardiendo del amor en viva llama  
Perdió la regia calma y el sosiego.  
Su tierno pecho con la ausencia inflama,  
Y á fuer de amante con humilde ruego  
Sale á la orilla , y entre blandas flores  
Asi rendido esplica sus amores.

## MIRTILO.

Vuelve , ó mi Sol , alegre esta ribera  
Con pura luz de tus hermosos ojos.  
Torna , Zagala , tu crueldad no quiera  
Con desdenes causarme mas enojos.  
Ven á gozar tranquila y placentera,  
Á tus plantas rendida por despojos,  
De mi riqueza la abundante fuente,  
Que para tí la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,  
Ni frágiles elechos, ni espadaña;  
Mosqueteros y mirtos y rosales  
Son los que mi corriente copia y baña.  
Sauces, olmos, laureles eternals  
Pueblan en vez de la flexible caña  
Mi alegre margen, que en mi regio asiento  
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,  
Rojos carmines, blancas azucenas,  
Morados lirios, jaldes alhelíes,  
Fronosas parras, frígidas verbenás,  
Y maravillas, güaldas y turquíes  
Esmaltan mis dos márgenes amenas,  
Que desde el punto que tu ausencia vieron  
Mústias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hespéria se derrama  
Mi corriente feliz, en todo el mundo  
Mi poder suena y mi esplendente fama,  
Igual á la del piélago profundo.  
En cuanto ve del sol la eterna llama  
Respétase mi nombre sin segundo:  
Y humildes el ocaso y el oriente  
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,  
Que si enojado con mi corva orilla  
Salgo, cual suelo por diciembre frío,  
El monte enhiesto á mi furor se humilla.  
Á mi rugiente y espumoso brio  
Tiembra asustada lá imperial Sevilla,  
Y el pino, que es honor de la montaña,  
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente  
De fábrica divina es mi palacio:  
Son las columnas plata refulgente,  
Son las pilastras nacar y topacio.  
Y la soberbia bóveda eminente  
Que cierra en torno\* el atrevido espacio  
Follages de carámbano, guirnaldas  
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas de abalorio  
Y de cándidas perlas y corales:  
De los dioses asisto al consistorio,  
Que no son mas que yo, son mis iguales.  
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,  
Que en las altas esferas celestiales,  
Donde Júpiter mora sobre el viento,  
Tambien como inmortal tengo mi asiento.

¿Mas qué es esto sin tí, linda Pastora?  
 ¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?  
 Todo por tí lo abandonára ahora  
 Que en tu amor solo cifro mis delicias.  
 Zagala, ven: atiende al que te adora,  
 ¿Por qué mi amor ingrata desperdicias?...  
 ¡Ay cuántas ninfas por lograrlo hicieran  
 Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopéa  
 El dulce amor que te consagro envidian,  
 Y unidas con la blanca Galatéa  
 Para ablandarme de consuno lidian:  
 Mas como amarte mi destino sea  
 Sus importunaciones me fastidian:  
 Harto lo advierten, lloránlo, y cansadas  
 Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor... ¿Amas las flores?  
 Mi margen con tu luz esclarecida  
 Te las dará tan lindas en colores  
 Como tu gusto ó tu capricho pida,  
 El aura inundarán con sus olores,  
 Y si de ellas tu frente veo ceñida  
 Despreciaré las que desparce Flora,  
 Las que en el seno brillan de la Aurora.

¿Te divierte el cazar? un bosque umbroso  
Consagraré á tu nombre, donde halles  
El ágil ciervo, el javalí espumoso,  
Mejor que de las sierras en los valles:  
Dó jamás éntre el sátiro amoroso,  
Y de altos olmos en torcidas calles  
Las tórtolas amantes aprisiones,  
Ó al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mio.  
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?  
Los dulces cisnes que en mi curso frio  
El fuego escelso de Helicón inflama,  
De su canto sublime al poderío  
Tu nombre harán eterno, y esta llama  
En que ardo ya por tí... ¿Mas no respondes,  
Y á mi cariño y á mi afán te escondes?...

Ten lástima, crüel, de un desdichado  
A quien arrebataste su sosiego,  
Ven á ser la señora de mi estado,  
Ven á gozar de mi cariño el fuego:  
Si mi escelso poder no te ha obligado,  
Muévate el escuchar mi humilde ruego:  
Cáusete compasion mi tierno llanto,  
Oye al menos las quejas de mi canto.

LAURISO.

Así cántaba el Dios, su amarga pena  
Comunicaba al apacible viento,  
Los altos olmos de la orilla amena  
Mostrávanse movidos del lamento;  
El aura leve de fragancia llena  
No causaba en las hojas movimiento,  
Y los azules peces se paraban  
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto  
Los celages levísimos tñiera  
Febo desde occidente, el dulce llanto  
Bétis y el blando ruego repitiera:  
Cuando 'el hermoso objeto de su canto  
Dejóse ver en la feraz ribera,  
Rozagante llenandose la falda  
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mística y marchitada orilla,  
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,  
Con nueva y pura luz el aura brilla,  
Se engalana la selva silenciosa,  
Brotó el suelo á su planta manzanilla,  
Y la azucena y la purpurea rosa  
Tornan á demostrar su nieve y grana,  
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando  
Tornó halagüeño á conmover las flores,  
Y las graciosas alas agitando  
Esparció los balsámicos olores.  
El amoroso ruiseñor, juzgando  
Que tornaban de nuevo los albores  
Que dan principio al esplendente día,  
Sus trinos deliciosos repetía.

Mírala Bétis, torna al llanto luego,  
Y la inocente Adelfa se sonroja,  
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,  
Tanta esquivez y ceño le acongoja:  
Y al ver que nada alcanza con el ruego,  
Y que la ingrata con su amor se enoja,  
Grabó la planta en la mojada arena  
Hollandando el amaranto y la verbena.

“Por fuerza” dice: »me querrás, Pastora,  
Que yo sabré domar tu ceño esquivo.”  
Y tras ella con planta voladora  
Corre veloz, en ademan altivo.  
La ninfa al verlo cerca, triste llora,  
Y apresura su curso fugitivo  
Tímida, sin aliento, presurosa,  
Cuál huye del lebreli cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el Dios, alzando  
 Ambas manos al cielo: „Diana”, dice,  
 Que los montes y selvas fatigando  
 Tu labio al torpe forzador maldice:  
 Recuerda que me ves entre tu bando,  
 Sé escudo impenetrable á esta infelice.”  
 La diosa oyó su ruego, socorrióla,  
 Y en la flor de su nombre convirtióla.

En esa flor hermosa que conserva  
 Con linda faz la condicion esquivá;  
 Bella á los ojos y apacible yerba,  
 Mas lleno el tallo de ponzoña activa;  
 Graciosa de color, de gusto acerba,  
 Del sol resiste la calor estiva;  
 No la paca el ganado, ni las aves  
 Desde ella entonan cánticos suaves.

## POETA.

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,  
 La cancion que entonaron los pastores  
 Mientras la vega estuvo marchitada  
 Del sol con los radiantes resplandores,  
 Y viendo que la siesta era pasada,  
 Coronados de lauro, mirto y flores,  
 Con amorosa muestra se abrazaron,  
 Y aquel sombrero sitio abandonaron.

## ELEGIAS.

### I.

Noche terrible y tenebrosa , ¿ dónde  
La pura luz que encanta el alma mia ,  
De mis ojos tristísimos se esconde ?

¿ Do están ¡ ay ! mi consuelo y mi alegría ?  
¿ Do mi Olimpia crüel , que asi me deja  
En hondo afan , en mísera agonía ?

Cuando el carro del sol huye y se aleja  
Á los desiertos mares espumosos  
Acude grata á mi amorosa queja ,

Y ya en sus altos cercos vagarosos  
Las pálidas estrellas resplandecen ,  
Resaltan los luceros relumbrosos ,

Y mis ojos con llanto se escorecen  
Porque no encuentran á su dueño amado  
Y en triste sombra ¡ ay míseros ! perecen.

¿ En dónde estás mi bien ? desatentado  
Corro en tu busca con dudosa planta ,  
Y torno , y no te encuentro desdichado.

¿ Quien te roba á mi amor con fuerza tanta  
Que á arrancarme no vienes compasiiva  
El áspero dogal de la garganta ?

¿ Tal vez , tal vez la saña vengativa  
De algun duro tirano te detiene ,  
Y que consueles mi afanar te priva ?

¿ Tal vez me has olvidado , y te entretiene  
Alguno mas dichoso ? ... ¡ Ó Dios ! ... Perdona :  
Siempre el tierno amador celos tiene.

Noche , noche terrible , tu corona  
De altas estrellas hunde en Oceano ,  
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano  
Resplandor de Titán , y su luz pura  
Rompa de mis sospechas el arcano :

Y vuelva yo á gozar de la hermosura  
De mi Olimpiá adorada , y su terneza  
Compense mi aflicción y mi amargura

Vuela , ó noche fatal , y con presteza  
Llévate mi tormento y mis temores ,  
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á tí, sueño apacible, de tus flores  
Una guirnalda tejeré olorosa,  
Si templas mis cuidados rööedores.

Ven, ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa  
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,  
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos  
De penas y dolores: ven callado  
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes tambien apresurado,  
Y te alejas de mí con raudo vuelo  
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reácia enluta el cielo,  
Y retarda crüel su paso mudo,  
Como si se gozára en mi desvelo.

Volad; horas terribles... ¡Oh sañudo  
Furor del hado!... Noche perezosa,  
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa  
Enmedio de las ondas de Oceano,  
En tempestad hórrisona y fragosa,  
Y desprecié la furia del mar cano  
Y el ronco son del desatado Noto  
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y vi tranquilo al tímido piloto  
Pálido alzar al alto firmamento  
Temblantes manos y ferviente voto.

También tendiste por el vago viento  
Tus negras alas y tu sombra triste  
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste  
Herido, y combatir la muerte fiera,  
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera  
Entre confusa plebe amotinada  
Del aurífero Tajo en la ribera,

Y la pasé con planta fatigada  
Solo, descaminado, perseguido,  
Huyendo del poder la fuerza airada.

Mas nunca, ó Noche, tan tremenda has sido  
Para mi corazón, nunca tan lenta  
Para darme tormento has discurrido.

!Ah! que ya al escuchar cual se lamenta  
Mi espíritu abatido se eternece,  
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Si, ya el rosado oriente se esclarece  
Y la primera luz del nuevo día  
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz , Aurora fria,  
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,  
Y consuela risueña el ansia mia.

Mas si la airada suerte rigorosa  
De su luz para siempre me ha privado,  
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,  
Déjame en noche eterna sepultado.

## II.

**T**ornemos ¡ay! tornemos, dueño mio,  
De Jarama apacible á la ribera  
Deliciosa y feliz, donde á su colmo  
Mis amores dulcísimos llegaron.  
Si del pesar la mano envenenada  
Un momento amargó nuestras delicias,  
Y te robó al placer; si los deberes  
De la santa amistad te arrebataron  
La sien ceñida de ciprés funesto,  
De Manzanares á la regia orilla;  
Harto lloro en su arena derramaste.

No te dejes hundir en la honda sima  
Del árido penar. Ven, dueño amado,  
Torna conmigo, y tu dolor consuelo  
Entre mis brazos hallará : piadosos  
Los hados al amor puro y ardiente  
Ser el comun consuelo de los hombres  
Concedieron, mi bien. Ven, ¿por qué tardas?  
Ven, Olimpia sensible. ¡Oh cuánto, cuánto  
Creció mi amor al enjugar cobarde  
Las lágrimas hermosas, que inundaban  
Tu palpitante y delicado seno!...  
¡Ó Dios, lo que sentí!... Saberlo solo  
Pueden las almas, que el destino afable  
De virtudes dotó. ¡Qué dulce encanto  
Desplega la beldad cuando padece,  
Y prorumpe tal vez en fierno lloro!  
Hirió tu mente el fúnebre alarido  
Y entre mis brazos pálida, marchita  
Te vi un momento : y tu belleza entonces  
Era como la luna plateada,  
Cuando un celage vagaroso y leve  
Templa, y no ofusca su esplendente brillo.  
Te vi, y temblé de amor... Te vi, y lloroso  
Te torné á contemplar, y ¡Oh! nunca, nunca

*De ella me apartarán*, dije: y acaso  
Con las tuyas mis lágrimas se unieron.  
*Si, la sensible Olimpia...* ¿Mas qué digo?...  
Mi bien, perdona si la acerba llaga  
De tu apenado corazón renuevo  
Con recordar tan ásperos instantes,  
Cuando debiera consolarte solo.  
¿Mas cómo aquí mi bien? No en el bullicio  
Del estruendoso corrompido mundo,  
Ni en medio de ciudades populosas  
Pueden los pechos de virtud se anida,  
Del bálsamo gozar que la consuela.  
Aquí tú llorarás, y escarnecido  
Será tu llanto por las ~~almas frías,~~  
Que en pechos que los vicios corrompieron,  
Y duro y ágrío bronce los tornaron,  
A la amistad y á la ternura ajenas  
Respiran para el mal. Tus bellos ojos  
Hacia mí tornarás, y en mis amores  
Se gozará tu pecho, y un instante  
Calmará tu aflicción: y mil testigos  
Te increparán con bárbara insolencia,  
Envidiando mi dicha, y sus miradas  
Temblando evitarás. El labio mío

Te jurará un amor puro , constante,  
Una pasion sin fin ; y con amarga  
Risa de mí se burlarán los necios,  
Incapaces de amor , que ya estragados  
Buscan un vil placer que de ellos huye,  
Y su frialdad atroz con susto mira.  
No asi en la soledad. ¡ Oh! los sombríos  
Árboles que levantan á las nubes  
La verde pompa de su escelsa frente;  
Las blandas flores que risueñas brillan  
Con diverso matiz ; las dulces aves  
Que el aura inundan de sabroso canto ;  
El ambiente süave que las hojas  
Mueve , empapado en aromoso nectar ;  
Las claras ondas del sonoro rio,  
¡ Cuán dulces y apacibles acompañan  
Del corazon los sentimientos puros!  
Ellos oirán en tu sensible labio  
El nombre del amigo que perdiste,  
Y lo repetirán. Verán risueños  
Tu tierno amor y la ventura mia,  
Y nuestra union afables aplaudiendo  
Aumentarán el amoroso encanto,  
Y mas y mas estrecharán los nudos,

Los nudos que han unido nuestras almas,  
Y que jamás se mirarán deshechos.  
En aquellos vergeles solitarios  
Donde reinan la paz y hondo silencio,  
Que solo alteran ó los dulces trinos  
Del amoroso ruiñeñor, ó el blando  
Susurrar de las hojas agitadas,  
Ó de las frescas aguas el murmullo,  
Resonará mi canto y la armonía:  
De mi lira diciendo tus loores,  
Y con oculta voz lánguida Eco  
Los reproducirá. *T Olimpia, Olimpia,*  
*To me abraso en tu amor*, sonará el bosque  
Y el ameno jardín, y el hondo río.  
Y en su margen tranquila, á los alhagos  
De la naturaleza hermosa y pura,  
Y á las caricias de mi amor sincero,  
Calmará tu aflicción. Ven dueño amado,  
No tardes, ó mi Olimpia, deseosa  
De consolar tu pecho, nos espera  
Del dichoso Jarama la ribera.

## III.

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,  
Y ardo como jamás por tí perdido,  
Ingrata y hermosísima señora!

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido  
Sepultarás mi dicha, y los amores  
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, crüel, y no las flores  
Que con mano afanosa cultivaste  
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste  
Tu misma, si, tu misma con tu fuego,  
Y que guardarla eterna me juraste.

Muévate á compasion mi humilde ruego,  
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto  
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira como la fuerza del quebranto  
Mi juventud agosta, y lentamente  
Me arrastra hácia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente ,  
Mi faz de angustia y palidez cubierta ,  
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbacion no acierta  
Mas que á gemir mi acongojado pecho ,  
Gemir que indignacion en tí despierta.

¡Oh terrible muger!... ¿Y qué se han hecho  
Tus promesas , tus lágrimas traidoras?  
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces voladoras  
De encanto de placer y de alegrías  
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos días  
En que anhelante , enardecida , loca  
Constancia sin igual me prometías :

En que escuchando de tu ardiente boca  
Tanto amor , tan sagrado juramento ,  
Te juzgaba mas firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento  
A un delicioso porvenir , fundando  
Altas soberbias torres en el viento.

¿Mas para qué mi mente recordando  
Aquellas ilusiones engañosas ,  
Está mis crudas penas agravando?

¿Porque intento con quejas lastimosas  
Lograr, beldad cruel, que no desvies  
De mí tu amor y gracias deliciosas?

Si desprecias mi acento, y te sonries  
¡Oh! bárbara crueldad! al llanto mio,  
Y de tu triunfo con placer te engries?

¿Tirano Amor!... ¡Ah ciego desvario!...  
¿Do apagaré este ardor que me devora?...  
¿Dónde huiré, dónde de tu ceño impio?

¿Iré tal vez con planta voladora  
A la Zembra polar al sol vedada,  
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada  
No templará mi fuego: en sus riberas  
Arderá mi pasión infortunada.

¿En frágil nave sulcaré las fieras  
Aguas del Ponto hórrisono y rugiente  
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente  
En las remotas playas solo amarte  
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cual es del orbe estenso aquella parte  
Dó tu amor no me sigá y tus rigores;  
Dó logre ¡ay Dios! del corazón lanzarte?

Huiré , cual de los duros cazadores  
Cierva infeliz á quien taladra el seno  
Enhervolada flecha entre dolores ,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno  
En las entrañas lleva , y de gemidos  
En vano deja el bosque oscuro lleno.

Muerte , muerte y no mas. Encrudecidos  
Tal remedio los hados me presentan ,  
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores , que se aumentan  
A la par de mi fuego inestinguible ;  
Las penas , que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible  
Al seno obscuro de la tierra fria ,  
De eterno sueño á la mansion terrible.

Sáciase tu crueldad y saña impía :  
Pronto verá mi tumba esta ribera  
Que engañada envidió la dicha mia.

Y condolidos de mi suerte fiera  
Entonarán sobre ella los pastores  
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores  
Y , *aquí* , llorando esclamarán , *reposa*  
*Una inocente víctima de amores.*

Y entonces tú contenta y orgullosa,  
Y con tu triunfo bárbaro engreida,  
De mi sepulcro rústico la losa  
Vendrás á hollar con planta envanecida.

## IV.

¿Olimpia, dónde estás?... En vano, en vano  
Mis ojos llenos de abundante lloro  
Ansiosos en buscarte se fatigan,  
Que no te ven. Mi labio balbuciente  
Con alto acento sin cesar te nombra,  
Y no respondes. ¡Ay!... Corro anhelante,  
Y de un secreto impulso arrebatado  
Llego tal vez al sitio en que descuella  
Tu soberbia mansion, y á las paredes  
Que tu ternura y mis delicias vieron  
Les pregunto por tí. Recorro en torno  
Su recinto exterior, y al ver cerradas  
Las altas puertas por dó tantas veces  
Entré ardiendo en amor, con pie turbado

A adorar tu beldad esclarecida ;  
Y al notar el silencio pavoroso  
Que dentro reina , y al mirar las losas  
De dó arrancando la sonante rueda  
Te alejó á mi cariño ; el crudo llanto  
Mi faz inunda y mi angustiado pecho.  
Y mis trémulos miembros desfallecen,  
Hielo mortal discurre por mis venas,  
Y giro en derredor la vista , y solo  
Me encuentro en ciega y espantosa noche,  
Y en yerma soledad. ¿Qué es el bullicio  
Del numeroso pueblo , que estas calles  
Y plazas llena , y afanoso ocupa  
Pórticos y talleres? ¿Qué es su estruendo,  
Al ausente amador? Silencio mudo  
Que ni hiere su triste fantasia ,  
Ni despertarle logra del letargo  
En que se encuentra el triste sumergido.  
¿Qué es ¡ay! la luz del sol, cuando á su lumbre  
No gozo de tu vista encantadora?...  
¡Cómo agradable su esplendor divino  
Era á mi corazon , cuando anhelaba  
Que ardiera en el zenit , para dichoso  
Á tus plantas volar , mi amor pintarte,

Disfrutar tus caricias deliciosas,  
Y ora á tu lado en las frondosas selvas  
Ardoroso vagar, ó los licéos  
Contigo recorrer, ó bien cobarde  
Examinar tu esplendida belleza,  
Y cual vive esculpida aqui en mi pecho  
Al lienzo trasladarla, el amor mismo  
Grato mi mente y mi pincel guiando!  
¡Ay! á tu lado, en tu presencia hermosa,  
Escuchando tu acento donde brilla  
La gracia y discrecion, ¡cuan dulcemente  
Se deslizaban horas apacibles  
Dé gozo y de placer! Risueñas horas,  
¿Dónde os podré encontrar?...¿Y dónde, ó cielos,  
Aquel sabroso y celestial encanto,  
Que por todas mis venas discurría  
Al verla, al admirarla? ¿Dónde el dulce  
Palpitar de mi pecho, y de mi labio  
La timidez cuando turbado, ardiente,  
*Te adoro*, en voz sumisa pronunciaba?...  
¿Dónde los juegos, dónde los alhagos?  
¿Dó las riñas de amor, que pasajeras  
Como las nubes del sediento estío,  
Daban doble valor á las delicias,

Que en pós mi dicha sin igual colmaban?  
¡Oh momentos de encanto y de ventura!  
¿Cuándo á mí tornareis?... Dulces momentos,  
Momentos deliciosos, ¿acompañá  
Vuestra memoria, por mi bien, á Olímpia;  
Y en tanto que en ligero y raudo curso  
El campo corre, los collados pasa,  
Cruza los rios, y de mí se aleja,  
Vuestra memoria y la memoria mia  
Llenan su corazon, su pecho ocupan,  
Y atras le hacen volver los ojos bellos  
Turbios de llanto, y anhelar que un poco  
Se retarde la rápida carrera?

¿Y lo debo dudar?... ¡Ay! aún sonando  
En mi abatida mente está el gemido  
Que al viento dió mi Olímpia al despedirse  
De mis amantes brazos... Blanca luna,  
Tú nos viste, tú sola, compasiva  
En trance tan cruel, y en lloro amargo  
Y en un mar de dolor ¡ay! sumergidos.  
Tú escuchastes su amor, y sus palabras,  
Y tú sus ardorosos juramentos:  
Y su divino labio nunca supo

Engañar , ni fingir. Si , tú nos viste  
Separarnos ¡oh Dios!.., A pocas horas  
El destino feroz embrabecido  
Me arrebató á mi Olimpia , y en pos de ella  
Todo mi bien y la ventura mia.  
Y en mi confuso y abismado seno  
Vertió el negro raudal de la amargura.

Riberas del humilde Manzanares,  
Dó la primera vez la viva lumbre  
De sus ojos gocé : si visteis gratas  
Nacer esta pasión pura y eterna  
En que me abraso mísero , si afables  
Visteis mi ardiente amor recompensado,  
Y á mí felice de mi hermoso dueño  
Al lado encantador , de lindas flores  
La frente orlada , y de festivo gozo  
Y de dulces placeres rodeado ;  
Vedme ahora solo , y demudado y yerto  
Cual solitaria tórtola viuda ,  
Que en lo repuesto de la oscura selva  
Llora su bien perdido , y mística y sola  
En la alta rama donde fué su dicha ,  
Su arrullo esparce y su gemido al viento.

Al débil rayo de menguante luna.  
Ved trocados los plácidos cantares,  
Con que un tiempo solaz os dí, en clamores  
Llorando ausente de mi Olimpia amada :  
É invocar congojoso y despechado,  
El agudo cuchillo de la muerte.

¿Mas qué pronuncio?... ¡Olimpia!.. ¿dó me arrastra  
Mi afanoso penar? ¿Por qué pretendo  
Acortar de mi vida la carrera.  
De una vida que tengo consagrada  
Solo á tu eterno amor : ¡ah! de una vida  
Tuya , si, toda tuya?.. ¿Qué es la ausencia  
Cuando se ama cual yo? ¿Qué es la distancia,  
Cuando del dulce bien que el alma adora  
Vive en el corazon la hermosa imagen,  
Y á esperanzas dulcísimas se entrega  
El constante amator? La áspera frente  
Alza en medio del mar el firme escollo:  
Giran en derredor de su ágría cima  
Las borrascosas apiñadas nubes  
Con hórisonos truenos retumbando,  
Y sobre él lanzan las copiosas lluvias  
Y el rayo abrasador : á combatirlo

Viene bramando el uracán sañudo;  
Mientras hinchadas las rugientes olas  
Envisten sus hondísimos cimientos:  
Y él inmutable y fuerte no vacila,  
Y permanece firme, levantando  
Hasta los ciclos la desnuda cumbre,  
Y un siglo y otro siglo le contempla  
Triunfador de las furias de océano,  
Y de las sonoras tempestades.  
Tal mi pasión será: tal la firmeza  
De mi constante enamorado pecho,  
Formado solo para amar á Olimpia.  
En vano el tiempo, en vano la distancia,  
En vano los rigores de Fortuna  
Mi amor combatirán: arderá eterno,  
Triunfando de la ausencia y del olvido.  
Si, separado de mi Olimpia amada  
invariable la amaré. Si al verme  
Lejos de su beldad lloro, mi llanto  
Me será de placer y de consuelo.  
Suspiraré, y el viento vagaroso  
Le llevará en sus alas mis suspiros.  
Y por mágia de amor, por misteriosa  
Oculta simpatía aun mismo tiempo

Tal vez nuestros amantes corazones -  
Palpitarán : un pensamiento mismo  
Llenará nuestras mentes : un anhelo  
Arderá en nuestras almas , y los nudos  
Con que amor nos unió , ni el cielo santo  
Con todo su poder podrá romperlos.  
Y así entre ardientes ilusiones gratas  
Y entre recuerdos , pasarán las horas  
De esta separacion : y en pós el día ,  
El día ansiado brillará en que afable  
El destino á mi Olimpia me devuelva.  
En sus ardientes deliciosos brazos  
Lograré el premio á la constancia mia ,  
Tornare á ser feliz... ¿Dulce esperanza!  
¿Esperanza que inunda el pecho mio  
De encanto celestial!... Serás cumplida :  
Mi Olimpia lo juró. Girad ó cielos,  
Girad apresurados , y traedme  
Tan grato porvenir. Y tú entretanto  
Quédate á Dios , ó Cítara , que ufana  
Cantaste mis dulcísimos amores ,  
Dando solaz á selvas y jardines  
Y agradando feliz al bien que adoro.  
Quédate á Dios pendiente de este lauro,

Que no oso ausente requerir tus cuerdas.  
Quédate á Dios, y si amoroso viento  
Te hiere, el nombre de mi Olimpia amada  
Repite blandamente. Y nadie osado  
Con mano impura á profanarte llegue.  
Que cuando vengan los risueños dias  
En que torne mi bien á esta ribera,  
Otra vez grata me darás tus sonos,  
Para cantar felice y envidiable,  
Su constancia y su amor y mi ventura.

FIN.

## INDICE

### DEL PRIMER TOMO.



#### ROMANCES.

I.	<i>Oye afable, hermosa Olimpia. . . .</i>	7
II.	<i>Ves, Olimpia encantadora. . . . .</i>	9
III.	<i>A esconder su lumbre pura. . . . .</i>	12
IV.	<i>Por enmedio de una vega. . . . .</i>	15
V.	<i>Los sombreros y cayados . . . . .</i>	18
VI.	<i>Entre verdes olivares. . . . .</i>	20
VII.	<i>Hermosísima zagala. . . . .</i>	22
VIII.	<i>¿Qué importa adorada Olimpia. . .</i>	24
IX.	<i>Oculto entre la espesura. . . . .</i>	26
X.	<i>¿Por qué pretendes, ingrata. . . .</i>	29
XI.	<i>Con once heridas mortales. . . . .</i>	31

XII.	<i>En una yegua tordilla.</i> . . . . .	33
------	---	----

## ROMANCES CORTOS.

I.	<i>Luz de esta ribera.</i> . . . . .	36
II.	<i>Hermosa zagala.</i> . . . . .	38
III.	<i>Dulces ilusiones.</i> . . . . .	40
IV.	<i>Apacible río.</i> . . . . .	43
V.	<i>Hermana Juanilla.</i> . . . . .	45

## LETRILLAS.

I.	<i>Lesbia, ingrata Lesbia.</i> . . . . .	48
II.	<i>Mal haya quien sabe.</i> . . . . .	50
III.	<i>¿Te vas y me dejas.</i> . . . . .	51

## CANTILENAS.

I.	<i>Febó se retiraba.</i> . . . . .	54
II.	<i>Mil veces venturoso.</i> . . . . .	55
III.	<i>Por un alegre prado.</i> . . . . .	56

- IV.    ¿Ves, adorada Olimpia. . . . . 57

## SONETOS.

- I.      Miséro leño, destrozado y roto. . . 62
- II.     Lleno el pecho de orgullo y ufania. . 63
- III.    Huye, ó sueño apacible y delicioso. . 64
- IV.     O amiga noche, ó noche deliciosa. . 65
- V.      Gallardo alzaba la pomposa frente. 66
- VI.     Olimpia bella cual la fresca Au-  
rora. . . . . 67
- VII.    El oponer mi pecho no me asusta. . 68
- VIII.   O de Fingal heróico descendiente. . 69
- IX.     Jamás marchite tu beldad lozana. . 70
- X.      La parda nube con fragor tre-  
mendo. . . . . 71
- XI.     Tierno pesar, amargo abatimiento. 72
- XII.    En este bosque por la vez primera. 73
- XIII.   Ojos divinos, luz del alma mia. . 74
- XIV.    Viene en pos del invierno perezoso. 75
- XV.     Por mas que el Noto silbador pe-  
lea. . . . . 76
- XVI.    ¡Ay, que de vuestro labio purpu-

	<i>rino.</i> . . . . .	77
XVII.	<i>Librase al soplo del airado viento.</i> . .	78
XVIII.	<i>Lauro y triunfos consiga el ambi- cioso.</i> . . . . .	79
XIX.	<i>Quédate á Dios mansion afortu- nada.</i> . . . . .	80

## ODAS.

I.	<i>Al armamento de las provincias es- pañolas contra los franceses.</i> . .	81
II.	<i>A la victoria de Baylén.</i> . . . . .	88
III.	<i>A la victoria de Arapiles.</i> . . . . .	95
IV.	<i>Napoleon destronado.</i> . . . . .	100
V.	<i>A España triunfante.</i> . . . . .	107
VI.	<i>Al mismo asunto, premiada por la Sociedad patriótica de Sevilla.</i> . . . .	113
VII.	<i>A las artes despues de la paz.</i> . . . .	121
VIII.	<i>Al conde de Noroña.</i> . . . . .	131
IX.	<i>La borrasca, á Lauso.</i> . . . . .	136
X.	<i>A Amira.</i> . . . . .	138
XI.	<i>El tiempo.</i> . . . . .	142
XII.	<i>A la Adelfa.</i> . . . . .	149

ÍNDICE.

131

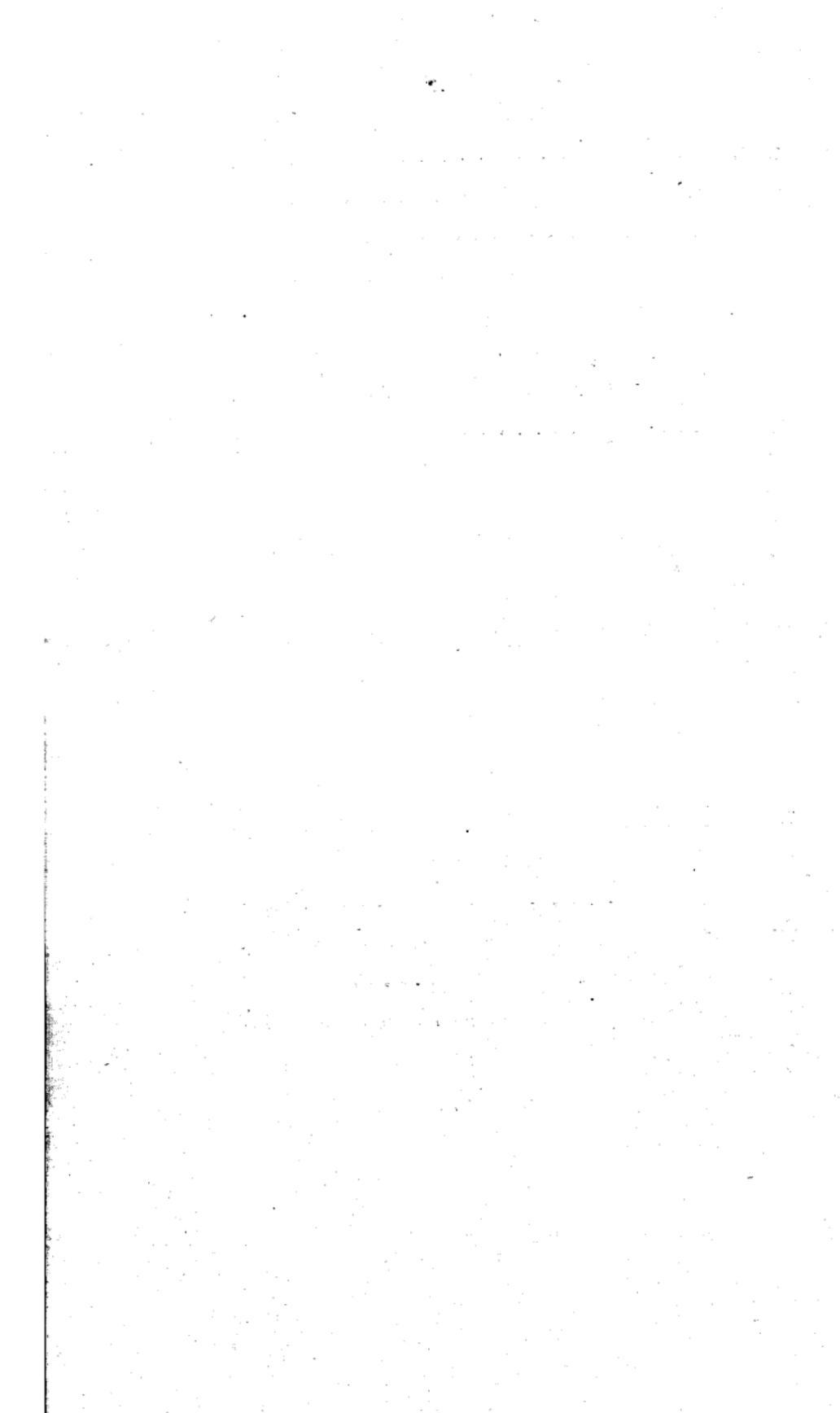
XIII.	<i>A Olimpia.</i> . . . . .	152
XIV.	<i>A las Siemprevivas.</i> . . . . .	159
XV.	<i>A Olimpia.</i> . . . . .	163
XVI.	<i>Lamento nocturno.</i> . . . . .	166
XVII.	<i>A la cabaña de Antimio.</i> . . . . .	171
XVIII.	<i>A Olimpia.</i> . . . . .	179
XIX.	<i>Brevedad de la vida.</i> . . . . .	184
XX.	<i>A Olimpia.</i> . . . . .	189

EGLOGA.

I.	<i>Si el ronco acento de la lira mia.</i>	195
----	---	-----

ELEGIAS.

I.	<i>Noche terrible y tenebrosa ¿ Donde.</i>	205
II.	<i>Tornemos ¡ ay! tornemos, dueño mio.</i> . . . . .	209
III.	<i>¡Ay! que mi pecho mísero te adora.</i>	214
IV.	<i>¿O limpia, donde estas? . . . . En vano, en vano.</i> . . . . .	218



## ERRATAS.

~~\*\*\*\*\*~~

<u>PAG.</u>	<u>VERSO.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LEASE.</u>
25.	19.	<i>suspira</i>	suspirar
31.	12.	<i>puedo</i>	pudo
39.	21.	<i>de ti por</i>	de ti, por
133.	20.	<i>sn</i>	su
151.	7.	<i>inverno</i>	invierno
184.	10.	<i>verjeles</i>	vergeles
211.	12.	<i>que la</i>	que los
216.	3.	<i>deliciosas?</i>	deliciosas;
221.	5.	<i>Olimpia</i>	Olimpia